

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 25 rs. al mes y 2 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs.—En Ultramar: 30 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

SUSCRICION

PARA LOS CARLISTAS PRESOS.

SUMA ANTERIOR.....	6363 rs.
D. J. G. P., de Sevilla.....	58
Doña Emilia Val.....	60
D. Brailio Ceballos.....	20
Tres carlistas de Córdoba.....	30
D. F. R. O., de Pasajes.....	20
D. J. B. S., de idem.....	20
D. J. B. G., de idem.....	20
D. I. M., de idem.....	20
D. J. U. A., de idem.....	10
D. C. P., de idem.....	10
Un carlista que no puede más.....	6
D. J. A. A., de Pasajes.....	20
D. Salomé Pérez.....	20
D. A. V. A.....	100
Cuatro piadosos españoles y católicos.....	70
D. I. B. S., Estany.....	20
D. José Faceda, Presbítero.....	19
D. Salvo Sastre.....	20
D. Francisco Sánchez Villares.....	4
Un carlista de Valencia.....	12
Un suscriptor de idem.....	8
D. A. G. L.....	12
Un carlista de la provincia de Pontevedra.....	10
D. Vicente M.ª Tettamanzi.....	10
D. Joaquín García Montero.....	10
D. J. M. S. D. L.....	10
Fr. Benito Gómez.....	10
D. José Ramón López.....	20
D. C. B. Ber.....	10
Un pobre capellán.....	10
D. M. V. Peña.....	10
D. M. H., suscriptor de EL PENSAMIENTO.....	10
D. P. P.....	21
D. A. J. T.....	21
Un carlista.....	14
D. F. de P. C.....	20
D. F. P. de Sesa.....	8
D. Manuel Peinado.....	10
D. Gregorio González.....	14
D. M. C. B.....	15
D. P. R. P. de Solsona.....	20
D. R. J. M. P. de id.....	10
D. I. C. suscriptor de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.....	58
D. J. J. P.....	10
De varios carlistas de Jerez.....	200
D. J. M. J.....	8
D. Francisco Bruguat.....	2
Un padre y tres hijos carlistas (Molina).....	4
D. Mateo Bruguat.....	21 50
D. José Rodríguez de Quintana.....	10
D. A. O. (Ferrol).....	200
D. P. C. (Sevilla).....	10
D. J. M. G. (Segovia).....	100
D. José García Gutiérrez (Albacete).....	100
	7339 50

EL OBISPO DE SIGUENZA

al Excmo. señor ministro de Gracia y Justicia con motivo del decreto de S. A. el regente del reino de 6 del corriente.

Excmo. señor: Tal vez parecerá extraño á V. E. que viniendo hoy á hacerme cargo con el debido respeto del decreto de S. A. de 6 del actual, exposición que le precede y su circular gratulatoria adjunta, reclame con instancia y acento fraternal una participación honorífica en el repartimiento de aflicciones gloriosas, derramadas á manos llenas desde la cumbre del poder sobre el cuerpo episcopal, en una porción predilecta de sus ilustres miembros. Consta, en verdad, que el Prelado de esta Silla se halla comprendido entre los que alcanzan patriótico galardón por aquellos documentos: mas tratando punto tan delicado sin desden, justo y digno será consignar también paladinamente que no supone especiales merecimientos, antes por el contrario, solo es hijo de la preponderante benevolencia de S. A. y del Gobierno supremo. De estricta conformidad con V. E., que obediendo á su política, unas veces llama mandato legítimo al decreto de 5 de Agosto último, y otras lo califica de ruego exhortativo, el Obispo que suscribe comprendiendo este doble temperamento, entendió que debía protestar noblemente y no cumplir por aquel concepto, y ejecutarle en el segundo, respecto del artículo 3.º, no sin la oportuna salvada, haciéndolo por cierto fuera del plazo señalado, en el fondo y formas del escrito, sin menoscabo de la inmunidad eclesiástica y dentro de su jurisdicción apostólica. La lectura de mi pastoral de 20 del próximo anterior y de la contestación que tuve el honor de elevar á manos de V. E., confirmaron siempre estos asertos. La oración y el estudio produjeron esencialmente este mismo resultado en todos mis venerados hermanos, los cuales, primero en sus respuestas, y ahora en sus ampliaciones los llamados á dárlos, demuestran sin lugar á controversia. La variedad de estilo, la diferencia de carácter, y las diversas circunstancias diocesanas han podido modificar la conducta en su parte accidental; pero los principios quedan intactos, permanecen inalterables y á salvo el sagrado fuero contra toda ingerencia extraña. Este espectáculo de común fidelidad en los primeros pastores para sostener la independencia de su misión divina, no envuelve ofensa, honra sí al Estado de una nación católica.

Las agrupaciones, los partidos que por tanto entran desgraciadamente, me atrevere á añadir, en la dirección suprema de los pueblos modernos, no se conocen en la Iglesia, cuyas principales columnas sustentan el edificio por la

fuerza inquebrantable de su unidad magnífica. Tal es su divisa durante el transcurso de los siglos en los combates que acepta y en las victorias que alcanza; la misma que enarbola hoy presentándose con ánimo generoso en los campos á que se cita. Prenda es esta de gran valía, inestimable joya que nunca podrá arrebatar la revolución afortunada de nuestros tiempos.

Permítame si no V. E. una reflexión brevisima, triste á la vez y consoladora. Era no ha mucho la Iglesia española rica y prepotente, poseía bienes cuantiosos; sin embargo, su propiedad, legítima como otra cualquiera, no mereció respeto y amparo de los preceptos del derecho: para ella enmudecieron los tribunales, y los oráculos de la jurisprudencia ocultaron sus fórmulas consagradas por todos los Códigos, aplicadas en todos los pueblos cultos. Hoy ya se encuentra pobre generalmente, y en determinadas localidades sin pan sus Ministros.

No es esto solo. Obras de arte, de paciencia y de ingenio, emblema de la civilización en las edades cristianas; monumentos de las ciencias acumulados á tanta costa por las corporaciones religiosas, templos destinados al culto divino, ¿qué ha sido de vosotros? Desaparecieron en gran número. Más aún: el día que se pregonan todas las libertades, muere la de asociación para los pobres y para los religiosos de ambos sexos: el día en que se proclama la seguridad del hogar, son lanzadas de los suyos las vírgenes del Señor. Como si hubiera de entenderse la libertad á la manera que la entendían los hombres de la Grecia antigua: los patricios de Roma, los señores de Venecia, y se repetía en la Edad media: «La libertad es un privilegio.» Hay más todavía: la Iglesia se elimina de las escuelas públicas, y estas se declaran sometidas al pleno arbitrio de la autoridad temporal. ¿Esta algo que deplorar? Si; se discute la fe y la moral en la Asamblea legislativa; el matrimonio civil se inaugura, y la libertad de cultos se sanciona. Pero ¡ah! Yo respeto profundamente los designios divinos, no ignoro que su misteriosa economía permite los asaltos de la tempestad contra el bajel imperecedero de la Iglesia.

Y bien, aunque tan combatida y calumniada, como no pudiera esperarse, de este siglo pretencioso; aunque arrojada de la enseñanza y cerrada á su celo la puerta del hogar doméstico en muchas ocasiones, y sin poder ya formar la familia religiosa, sin bienes, sin apoyo exterior, consuela sin embargo á sus hijos obedientes, y sorprende á los que resisten su amor, la concordia de esta madre atribulada, la armonía, la unidad episcopal, la íntima adhesión de la Iglesia docente á su cabeza visible, al augusto vicario de Cristo, al inmortal Pío IX, á cuya voz corre presurosa en estos momentos para celebrar un Concilio Ecueménico. San Agustín ha dejado escritas estas notables palabras: *toda belleza tiene su origen y su fuerza constitutiva en la unidad; omnis pulchritudinis forma unitas est.* Esta y no otra es la consulta que cada Obispo español se ha hecho dentro de su consejo para contestar dignamente á la división que establece el decreto de la regencia. La noble ambición del menor de los Prelados es la de todos; compartir unánimemente las angustias, los honores y la gloria del santo ministerio que ejercemos. Descansando en el sentimiento de esta fuerza unitiva, continuamos formando la más hermosa é inviolable gerarquía universal, y así extendida por todas partes pronunciamos con autoridad palabras de bienhechora influencia. ¡Qué! ¿Seríamos tan insensatos que quisiéramos romper esa larga cadena de ilustres Pontífices, doctores, héroes y Santos? ¿Discordáramos acaso en defender á una voz la libertad de la Iglesia contra toda clase de invasión, y en proclamar la necesidad de nuevos pactos después que se han reducido á polvo las convenciones recientes? Nada de eso. Jamás, jamás abandonaremos la encantadora unidad de fe y de doctrina, herencia venturosa que un Maestro divino ha depositado en nuestras manos. Con ella y por ella, vivimos sin temor en medio de las variaciones y de las ruinas que nos rodean. Con ella y por ella, como obra de Dios y no del hombre, sin acritud ni debilidad, proclamamos en alta voz que aceptamos el siglo con su actividad, su industria y adelantos; pero cuente á su vez con que hemos de combatir sin tregua ni descanso sus errores y vicios, sus preocupaciones tiránicas y los males que le roga á la sociedad y á la Iglesia. Con ella y por ella, penetramos en el campo de todas las civilizaciones; mas entendiendo nuestros adversarios que no han de cambiar por más tiempo los términos de la lógica, ni entorpecer las vías del buen sentido al definir la civilización moderna; pues diré sobre esto una palabra para concluir, valiéndome de frases inmortales del Pontífice reinante á tal propósito: *dése á cada cosa su nombre genuino, y la Santa Sede aparecerá constante con sus principios de siempre: Vera rebus vocabula restituantur, et hac Sancta Sedes sibi semper constabit.*

Dignese V. E. leer benignamente estas observaciones y votos, elevándolos con recomendación á S. A. el regente del reino.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Siguencia, 30 de Setiembre de 1869.—Excmo. Sr. FRANCISCO DE PAULA, Obispo de Sigüenza.—Excelentísimo señor ministro de Gracia y Justicia.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

FLORENCIA, sin fecha, recibido con retraso.—Confirmase la noticia de la resolución de Víctor Manuel, en no permitir que el duque de Génova acepte la corona de España sino en el caso en que sea elegido por medio de un plebiscito.

CONSTANTINOPLA, 1.º.—El sultan ha tenido que dar un *firman* especial para que pueda entrar en los dardanelos el yacch imperial á bordo del cual va la emperatriz.

DRESDEN, 2.º.—En su discurso de apertura el presidente de la Cámara ha dicho: queremos la paz pero también queremos ser libres é independientes.

NUOVA-YORK, (por el cable).—Corre el rumor de que una expedición, compuesta de tres vapores con 1,600 hombres, ha salido de los puertos americanos y ha marchado ayer para Cuba.

FLORENCIA, 2.º.—Una circular del ministro de Justicia autoriza á los Obispos para ir al Concilio; pero el Gobierno reserva sus decisiones ulteriores relativamente á los acuerdos que podrían ser contrarios á las leyes del reino y á los derechos del Estado.

PARIS, 3.º.—El *Journal Officiel* publica un decreto convocando el Cuerpo legislativo para el 29 de Noviembre.

El Sr. de Talleyrand, embajador que fué en Rusia, ha sido nombrado senador.

Del *Tablet* del 2 de Octubre tomamos el siguiente curioso párrafo:

«*Alfombras para el Concilio.*—Hace unas semanas que el Padre Santo pidió á París, Lyons, Ansbuss y otros puntos gran cantidad de alfombras, tanto para el lugar donde ha de celebrarse el Concilio, como para las habitaciones que se preparó á los Obispos. De todas partes contestaron que no había tiempo para fabricar un pedazo tan grande de alfombras. Lo mismo contestaron de Munich. Entonces Su Santidad se dirigió á Berlín; é inmediatamente le contestó el fabricante aceptando el encargo, cuyo precio subía á 200,000 francos. Al día siguiente recibió el Papa la siguiente comunicación: «Dentro de un mes trán las alfombras; están pagados, incluso los gastos del porte á Roma.» El correspondiente del *Post* en Roma dice que el rey de Prusia, al saber que el Papa había encargado alfombras á Berlín, manifestó su deseo de coadyuvar, y que el Papa accedió á su petición, exigiendo solo que en las alfombras hubieran de ponerse las armas de Mastai-Peretti junto á las del rey de Prusia.»

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 5 DE OCTUBRE DE 1869.

LOS MALES DE LA LIBERTAD

NO SE CURAN POR LA MISMA LIBERTAD.

Al escribir sobre este tema, no es nuestro ánimo amargar la situación de los republicanos que, tal vez con poca prudencia en los medios, pero con vigorosa lógica en el fondo, pretenden llevar adelante la revolución á cuyo triunfo eficazmente ayudaron; ni hacer más difícil la posición del Gobierno que faltando á la lógica y á los compromisos revolucionarios, obedece en sus medidas á un principio superior á todas las Constituciones, al instinto de la propia conservación.

El Gobierno hace ahora lo que el enfermo que no hallando la salud en las teorías que defendió estando sano, acude á pedirle al sistema que siempre había combatido; y acaso podría compararse con los impios fanfarrones que cuando llega la hora de los remordimientos supremos y ven, á la luz que derrama la próxima muerte, los errores de su vida pasada, se refugian á la religión de la cual antes se burlaron.

¿Quién se atreverá á censurar las resoluciones del impio ni del enfermo en horas tan críticas? Nadie seguramente; pero aquel que estuvo en frente de ellos en el palenque de las discusiones, aquel que defendió siempre lo que después les sirve de último amparo, hace bien en aprovechar el argumento práctico y sencillo que se saca de la conducta de esos adversarios para decir á los demás y á todos los espectadores del suceso: «¡Ya lo veis! esos otros sistemas sirven para ganar fama de ingenio ó de elocuencia en las academias, y para alcanzar cierta popularidad entre el público ignorante que asiste á ellas; pero son de todo punto ineficaces para el día de la necesidad: los mismos que mejor los defendieron, los abandonan y maldicen en tratándose de su propia salud.»

Eso es lo que vamos á hacer nosotros.

Extranjeros siempre en el campo liberal, tratados como párias por todos los partidos y mirados por ellos como visionarios de épocas pasadas que no comprendemos la presente, tenemos derecho á echarles á todos en cara sus inconsecuencias, y á hacerles notar la falsedad de sus principios y el error de sus cálculos, cuando en el postrero ex-

tremo vienen azorados y confundidos á refugiarse en la antigua torre, desde donde nosotros hemos estado contemplando sus batallas.

«¿Quién os había de decir que al año de verificada la revolución habíais de caer en lo que tanto habeis criticado en otros Gobiernos?» Así exclamaba anteayer el diputado republicano Sr. Pi y Margall. Mas la exclamación de S. S., muy oportuna como argumento contra los revolucionarios que están en el Gobierno, hace poco honor á S. S. considerado como historiador, y político que debe mirar á cuanto sucede y oír cuanto se dice con referencia á la cosa pública.

¿Quién os había de decir? pregunta. Nosotros se lo digamos; nosotros hemos repetido cien veces que atendiendo á la naturaleza del hombre y á las experiencias de la historia, las libertades que sirvieron de bandera á la revolución son imposibles de practicar donde quiera que la sociedad haya de ser conservada y respetados los derechos del ciudadano. ¿Cómo el Sr. Pi y Margall no ha oído nunca nuestra voz, ó siquiera los gritos, á veces ofensivos y destemplados, con que sus amigos trataban de ahogarlos?

Era costumbre en los antiguos naturalistas que carecían de datos exactos sobre la constitución del mundo, encerrarse en su gabinete, suponer hechos que no se habían realizado y leyes físicas que no existían, y sobre las hipótesis por ellos creadas establecer teorías ingeniosas, que hubieran sido ciertamente admirables si no hubiesen sido falsas en sus fundamentos.

Esto les sucede ahora á los físicos de la revolución. Allá en su fantasía figen un hombre sin pasiones ni debilidades, y luego imaginan un pueblo entero en que no hay ambiciosos, ni soberbios, ni tiranos, sino individuos de la nueva especie, hombres *politicos*, de quienes disponen como de los personajes de un drama, que se quitan y aumentan á gusto del autor, y exclaman entusiasmados de su obra: ¿qué necesidad hay de leyes para esos hombres? ¿no se mueven todos con maravillosa regularidad? ¿qué, pues, sujetar á reglamento sus acciones y la libertad de que hacen uso tan magnífico?

Pero como los físicos de quienes hemos hablado no podían, á pesar de su talento y brillantes elucubraciones, hacer que el mundo fuese de otra manera de como es, y al salir de su gabinete asegurando que la tierra estaba quieta, la tierra seguía girando; así los naturalistas políticos, al llevar á la práctica sus teorías de gobierno, se encuentran con ciudadanos diferentes de los que han fantaseado, y deben reconocer que han trabajado en vano para la vida real y para el hombre tal como es.

Les acontece lo que á los poetas cuando el hambre y el frío les recuerdan que no se vive con ilusiones, sino satisfaciendo á tiempo las necesidades de nuestro ser.

Por esto cuando oíamos á la revolución ufanarse con la libertad de las manifestaciones políticas que tantas veces nos han impedido el paso en este invierno, con la libertad de los clubs que durante un año han vestido con anuncios en papel de color todas las esquinas de la capital, cuando oíamos decir una y otra vez que los excesos de la libertad se remedian con la misma libertad y hasta asegurar en pleno Parlamento que el hombre tiene derecho al mal, nosotros veíamos ya y lamentábamos los males que esa fatal poesía habría de traer á nuestra patria.

La historia venia también en apoyo de nuestros tristes presentimientos fundados en el conocimiento del hombre.

Descorred el velo que encubre los siglos pasados, y vereis en todas partes, en Grecia y en Roma, en la antigüedad, en otros pueblos, en las edades siguientes, siempre el mismo cuadro. Donde quiera que la sociedad se ha sustraído á las leyes generales establecidas por Dios, el pueblo se presenta como juguete de aventureros políticos y de ambiciosos sin conciencia, que le prometen lo que no pueden después cumplir, que reprueban en sus enemigos lo mismo que luego practican ellos, acaso con más crueldad.

En nuestra misma patria cuya corona mientras ha llevado encima la cruz con la piedad debida «ha brillado sobre todas las coronas como el sol sobre todos los astros», según decía el Sr. Castelar, en nuestra misma patria que lleva medio siglo de afanes y de trabajos para volver á las utopías

de la política pagana, tenemos bastantes ejemplos para predecir lo que hará cualquier Gobierno y no sorprendernos como se muestra sorprendido el Sr. Pi y Margall.

«¿Cuántas revoluciones se han hecho en este medio siglo! ¿Cuántos partidos han subido al poder! ¿Cuántos ministerios se han encargado de la pública administración! ¿Cuál de ellos no ha hecho antes de subir promesas análogas á las que hicieron los revolucionarios actuales? ¿Cuál por este medio no ha adquirido su momentánea popularidad? ¿Y quién ha cumplido en el poder lo que en la oposición había prometido? Pasad revista á todos los jefes de partido, á todos los presidentes de ministerio, á ver si hallais alguno que después de predicar que los males de la libertad con la libertad se curan, no haya acudido á las restricciones de una reglamentación pocas veces justa, casi siempre exagerada y más ó menos cruel.»

Un hecho tan general y continuado por fuerza ha de obedecer á una ley de la naturaleza, que es inútil desconocer ó negar.

Nosotros estamos tan persuadidos de ello que no titubeamos en asegurar que los republicanos, el mismo Sr. Pi y Margall, si salieran triunfantes de la lucha emprendida contra el Gobierno actual, no tardarían en acudir á los mismos medios que este emplea, para sostenerse en el poder.

«Que no! supongamos que mañana los republicanos ganan una batalla como la de Alcolea, que unos cuantos ciudadanos de Madrid se constituyen en junta revolucionaria como el año pasado, y que esta junta encomienda al Sr. Joarizti, ó á Castelar ó á cualquiera otro de los prohombres republicanos la formación de un Gobierno provisional.... ¿Qué hará este? ¿permitirá que los carlistas, los isabelinos, los progresistas, los unionistas y todos los terminados en *istas* se pasen por las calles dando vivas á su ídolo, se junten en pactos, clubs y comités ordenando sus fuerzas contra la república establecida, hagan al pueblo ignorante promesas insensatas para atraérselo, minen la disciplina en el ejército, etc., etc.? ¿Podría el Sr. Pi y Margall presenciar con los brazos cruzados los esfuerzos y adelantos de los enemigos de la república? ¿qué medios acudiría para contenerlos?»

«Ah! si los fundadores de la república, por delicadeza de conciencia ó por temor de parecer inconsecuentes, se empeñasen en salvar la libertad con abundancia de libertad dada á sus contrarios, bien pronto las turbas menos escrupulosas y guiadas por el instinto poderoso de conservación, prescindirían de los bellos principios y arrambaban en su impetu á los mismos hombres que los habían proclamado.»

Es preciso desengañarse. No hay sino dos reglas que puedan dirigir al hombre: la ley de Dios y la propia conciencia ó voluntad. No hay sino dos fuerzas que le contengan: la moral del derecho y de la justicia, y la material de la fuerza. Cuando la sociedad prescinde de Dios, no queda más regla que la conciencia humana que cada hombre tiene con independencia de la de sus semejantes. Cuando el poder no se apoya en el derecho, no halla otra defensa que la fuerza material, y la emplea hasta la crueldad.

Dios ha establecido una ley, y solamente sujetándose á ella puede la sociedad vivir tranquila y feliz.

La filosofía y la historia enseñan que el mal no se cura con otro mal, los excesos no se remedian con otros excesos, ni la libertad se modera y regula con más libertad.

SESION PARLAMENTARIA.

«¿Qué miserable cosa es el liberalismo! ¿Qué espectáculo están dando las Cortes de la revolución! Si la verdad y la justicia no nos hicieran aborrecer las doctrinas revolucionarias, los tristes ejemplos de nuestra historia nos harían renegar de ellas. La vida política de los partidos, llena de crímenes y ambiciones, la anarquía y perturbación que producen las doctrinas liberales, las pasiones que se desencadenan y los males que se desatan en las épocas revolucionarias, deben convencer á todos los hombres de buena voluntad, de que la salud de las naciones se consigue solo huyendo de estos sistemas, que llevan consigo inevitables catástrofes y dejan en pos de sí lamentables ruinas.»

«¿Qué cuadro presenta España en estos momentos, según nos la pintan los mismos diputados de la Asamblea? De un lado, un Gobierno acusado de tiránico y usurpador,

que viola las leyes y lo sacrifica todo al interés de partido; de otro, las muchedumbres demagógicas, que levantadas en armas, siembran la perturbación por todo el país, asesinan, incendian, roban, destruyen las propiedades y los caminos, y ponen en dispersión a los pacíficos y honrados moradores de nuestras provincias, que no pueden sufrir tanto desman y tanta anarquía. ¿De dónde provienen tamaños males? ¿Por qué no los remedia el Gobierno?

¡Ah! ¿Cómo ha de remediarlos, si es el principal causante de ellos? En plena Asamblea, volvió ayer a proclamar el ministro de la Gobernación, el derecho de rebelión, poniendo como ejemplo y modelo las insurrecciones del partido progresista. ¿Cómo han subido al poder, por otra parte, los hombres que hoy están en el Gobierno? Por medio de la insurrección. Lo que ellos consideran legítimo y hasta meritorio, no pueden tenerlo por criminal en los demás. Podrán el egoísmo y la ambición hacer sutiles distinciones entre casos y casos, queriendo contener las consecuencias del principio general; pero la lógica es inexorable, y una vez en la pendiente del abismo, es preciso correr hasta el fondo.

Las turbas populares que han visto cómo han procedido siempre los que hoy quieren contenerlas, atropellan por todo, esperando que el éxito convierta en héroe al criminal, y en servidor de la patria al perturbador ambicioso. Los republicanos tapaban ayer la boca a los ministeriales y al Gobierno al ser acusados por ellos, con esta sencilla pregunta: ¿no habéis hecho lo mismo vosotros? ¡Ah! decía el Sr. Sorni, nada tienen que echar en cara los progresistas a los republicanos. Los que cometieron o dejaron impunes las sacrilegas matanzas del año 34, los rebeldes del año 45, los que se sublevaron el 56, los que alzaron el grito de insurrección el 66, los que se rebelaron el 68, los que de algún modo son culpables de los asesinatos de Canerac, San Just y Basa, no tienen, efectivamente, nada que echar en cara, nada que decir, a las falanges demagógicas que hoy se sublevaron contra ellos y cometieron inauditos crímenes y desmanes Juzguenlos Dios y la patria a unos y a otros.

¿Qué vergüenza para un Gobierno, tener que confesarse culpable de lo mismo que quiere reprimir! ¿Cómo de lo mismo? de mucho más, quiera ó no quiera reconocerlo. El Sr. Pi y Margall lo decía ayer: acusáis a los republicanos que se han sublevado contra vosotros, y no observáis que vosotros habéis sido más culpables que ellos, porque habéis echado mano de lo que no os pertenecía en manera alguna; os habéis valido del ejército, sobornándole, cuando el ejército está para servir a la patria y no para ser instrumento de un partido.

Y si fuera esto solo, Sr. Pi y Margall, pero los hombres de la revolución de Setiembre tienen sobre sí culpas más graves. Cuando se han sublevado han faltado a todas las leyes y doctrinas establecidas; han hollado sus más solemnes promesas; han combatido lo que habían jurado defender. No así los republicanos de hoy, que no están ligados por compromiso alguno con los hombres del poder, ni siquiera con la Constitución de la monarquía. Ante la moral y la conciencia son sin duda culpables; pero el derecho revolucionario, hoy en práctica, si no los absuelve por completo, les disculpa al menos en gran manera. En buenos principios, es decir, dentro de la doctrina católica, el crimen es siempre crimen: en la doctrina revolucionaria el éxito hace de los crímenes virtudes.

Para nosotros, tan culpables, por lo menos, son el general Prim y el brigadier Topete, que hoy ejercen la autoridad, como los insurrectos de Cataluña. Podrán estos cometer tales ó cuales atropellos, que agravaran en tanto ó cuanto su delito; pero en lo fundamental, todos son iguales: revolucionarios unos y revolucionarios otros; todos rebeldes contra la autoridad; todos sublevados, en nombre de la soberanía nacional, máscara de crímenes odiosos y en virtud del derecho de insurrección.

¿Qué ha de suceder, pues, en los debates de las Cortes? ¿Quién es el acusador y quién el acusado? ¿Qué enseñanza se saca de aquellas discusiones, y qué doctrina de verdad se proclama en la reunión de los legisladores? Vergonzoso es decirlo: allí no se discute sino sobre el más ó el menos. Léanse los discursos pronunciados ayer por Sorni y Figueras, Rodríguez y Sagasta, y se verá la exactitud de nuestros palabras. Unos acusando a los republicanos de rebeldes, perturbadores y asesinos; otros acusando a los progresistas de asesinos, perturbadores y rebeldes. ¿En qué grado? ¿quienes son más criminales y quienes menos? Esta es la cuestión.

Así se comprende que el Gobierno sea débil é impotente para contener las pasiones revolucionarias, y que tenga que acudir a medidas extremas, erigiéndose en despotismo, y desligándose, aunque sea por breve plazo, de todo respeto a la ley. Esto no sucede nunca a los Gobiernos legítimos y fuertes, que, por extraordinarias que sean las circunstancias, siempre encuentran en la ley medios suficientes para hacerse respetar y asegurar el orden.

La ley que no reuna estas circunstancias, no es buena ley. Jamás, en ningún caso, debe existir el despotismo en los Gobiernos. Y he aquí que el Gobierno actual, nacido de la revolución, viviendo de las ideas y prácticas liberales, tiene que convertirse en despotismo para ahogar con la fuerza la lógica de los principios y doctrinas que él mismo proclama.

Mucho pueden aprender los pueblos de estas tristísimas experiencias. La suspensión de las garantías constitucionales, bien considerada, es el hecho más grave que puede darse en una época revolucionaria. Queda el Gobierno erigido en poder absoluto y despotismo, sin ley alguna que pueda contener sus demasías. Parece mentira que los que tanto se horrorizan de las llamadas épocas de tiranía y despotismo, donde siempre se cumplía la ley, no se espanten al considerar que las autorizaciones que pide el Gobierno, le hacen mucho más temible que pudieran serlo todos los sistemas pasados.

Tal es, sin embargo, el néceo error de los liberales. Se asustan de la posibilidad de una monarquía pura, no despotismo, y les parece cosa natural y corriente, que no debe alarmar a nadie, la dictadura revolucionaria, funesta y odiosa como ninguna tiranía.

Si después de todo no aprenden los pueblos y no saben distinguir lo bueno de lo malo, preciso es convenir que a la ceguera de entendimiento se une la maldad de corazón.

Las noticias que se reciben de los inauditos atropellos causados por los insurrectos republicanos han esparcido el terror por toda la Península. Los insurrectos no se han limitado a destruir por varios puntos los ferro-carriles y líneas telegráficas, sino que según los despachos publicados por el Gobierno han impuesto contribuciones, han cometido varios asesinatos y han incendiado archivos notariales y el registro de la propiedad en algún pueblo de Cataluña. Las personas pacíficas se aterrorizan y hasta el mismo Gobierno reconoce en aquellos hechos síntomas indudables de una revolución social.

Y bien: ¿con qué medios cuenta nuestra sociedad para conjurar la tormenta que la amenaza? ¿Qué protección puede esperar del Gobierno constituido?

¡Ah! Mucho antes de que triunfara la revolución de Setiembre; cuando solo estaban fuera de la ley los progresistas y demócratas, al día siguiente de los sucesos del 22 de Junio, decía el general O'Donnell que espantaba al considerar lo que sería de esta nación si hubieran triunfado los progresistas y demócratas, porque la revolución que acababa de ser sofocada era una revolución social.

Los unionistas todos aplaudieron a su jefe, y sus órganos en la prensa ampliaron las indicaciones hechas por el mismo, y estuvieron quince días seguidos pintando los horrores de lo que nos habíamos librado casi por milagro. Lo que sucedió después, todo el mundo lo sabe: al cabo de dos años se abrazaron estrechamente los anarquistas del 22 de Junio con sus vencedores, juntos conspiraron, y juntos triunfaron. Hoy son dueños de España; ellos son el Gobierno, ellos mandan.

¿Qué autoridad moral tienen esos hombres para oponerse a los que hoy se rebelan contra ellos? ¿Pueden predicar el respeto a la autoridad? ¿Pueden negar a los pueblos el derecho de levantarse contra ellos? Los hechos de ayer pueden más que los discursos de hoy: los gobernantes de hoy proclamaron ayer el derecho de insurrección y lo ejercitaron; hoy es demasiado pronto para que se vuelvan atrás y a trueque de condenarse a sí mismos tienen que reconocer que hay derecho para rebelarse contra la autoridad. Varias veces, hasta los mismos ministros, han hecho declaraciones en ese sentido, y ayer sin ir más lejos, hizo una en las Cortes el señor ministro de la Gobernación.

«Se ha hablado, dijo, de la conducta de los progresistas en sus sublevaciones, y esa es la que yo deseo que tengan los republicanos en las suyas.» Aquí está reconocido el derecho de insurrección. Ese derecho existe, en concepto del mismo Gobierno, en ese punto están de acuerdo los gobernantes y la oposición. ¿En qué está, pues, la divergencia? ¿Qué es lo que aquellos tienen que echar en cara a los sublevados? ¿Que no tienen motivo para sublevarse? ¡Ah! Esto depende de la apreciación que cada cual haga de lo que constituye causa suficiente para declararse en abierta rebelión contra el Gobierno.

Al ministro de la Gobernación le parece que es llegada la hora de sublevarse un partido cuando se le cierran las puertas de la legalidad; lo mismo dirán los republicanos; pero el liberalismo no tiene un criterio fijo para conocer cuándo se cierran ó no las mencionadas puertas. Cuando el partido progresista se retrajo de las urnas para conspirar, el partido moderado y el unionista decían que los progresistas no tenían motivo para ello porque estaba abierto el campo legal; hoy que los republicanos se lanzan a la insurrección, dicen los progresistas de los republicanos lo que de ellos decían moderados y unionistas. De modo que la cuestión es puramente de apreciación.

Ahora bien; díganlo cualquiera persona que no tenga perdido el juicio. ¿Es posible así el Gobierno? ¿Es posible el orden? ¿Puede la sociedad vivir tranquila bajo el imperio de un Gobierno que no tiene más defensa que su apreciación particular?

Tenia razón el general O'Donnell, la revolución que nos amenazaba el día 22 de Junio de 1866 era una revolución social, y no era quien menos culpa tenía en que esa revolución hubiera llegado a ser inminente. Si, la revolución social iniciada desde principios de este siglo y fomentada después por todos los Gobiernos liberales, ha logrado enarbolar descaradamente su estandarte al amparo de la insurrección triunfante. Los Gobiernos anteriores la habían dejado acercarse a las puertas de nuestra patria, la situación creada en Setiembre se las abrió de par en par y la acompañó hasta dejarla alojada en nuestro suelo.

¿Qué puede hacer con tales antecedentes el Gobierno actual? ¿Qué pueden esperar de él los ciudadanos honrados y que verdaderamente amen el orden?

El Gobierno del general Prim podrá dominar, y dominará probablemente, el levantamiento republicano, pero la raíz de las revoluciones no la puede extirpar quien hace a cada paso la apología de la insurrección. Quien de buena fe condena a los republicanos, tiene que condenar por iguales razones al Gobierno actual y a todos los hombres de la revolución de Setiembre.

La Correspondencia nos sorprendió anoche desagradablemente con las siguientes líneas:

«El consejo de guerra reunido en Pamplona para fallar la causa sobre la conspiración descubierta en aquella plaza, de conformidad con el parecer fiscal que ya conocen nuestros lectores, ha condenado a la pena de muerte en garrote a los Sres. Elío y Larumbe, y a la de ser pasados por las armas a nueve individuos de la clase de tropa.

Además otros varios de la misma clase han sido sentenciados a extinguir en Ceuta el tiempo de su empeño.»

Cuando el señor ministro de la Gobernación acaba de hacer justicia al partido carlista, reconociendo la muy distinta conducta que observó este hace dos meses, de la que hoy sigue el partido republicano, derecho tenemos a creer que los condenados a pena capital en Pamplona, por atribuirseles únicamente delitos de sublevación, serán ó habrán sido indultados por el Gobierno del regente.

Pero esto no basta. La voz pública ha esparcido rumores más ó menos graves acerca de esa causa, que no dudamos que habrá sido seguida y sentenciada con arreglo a derecho. Para acallar estos rumores conveñría, a nuestro juicio, que el proceso fuese publicado, con lo cual el partido dominante no haría otra cosa que conformarse una vez más con sus principios sobre publicidad que tantas veces ha proclamado. De esta suerte el fallo del tribunal de Pamplona recibiría, según las teorías liberales, la sanción del público, porque estamos muy lejos de creer que de este proceso resulte el más ligero cargo a ninguna de las personas que han intervenido en su formación.

Si, pues, pedimos una cosa que a nadie perjudica, y que no solo cabe, sino que se amolda completamente a sus doctrinas liberales, no pecaremos de confiados al esperar que el Gobierno se apresure a complacer a los que piden que se publiquen esas diligencias, objeto constante desde que fueron incoadas, de la curiosidad y hasta del interés de la prensa de todas opiniones.

Cuando *La Epoca* llegó a perder por completo las esperanzas de que cuajase en París y en Madrid su candidatura favorita, la del príncipe Alfonso, recordaron nuestros lectores que escribió un artículo del cual transcribimos un párrafo importante en el que decía en sustancia el órgano de la conservaduría liberal, que separaba su atención cada vez más de las personas para fijarlas en las cosas, visto que aquellas no estaban dispuestas a hacer los sacrificios que la patria exigía. Todo el mundo entendió que esto quería decir que *La Epoca* se ponía de monos con el palacio Basilewski. Pero *La Epoca*, bonachona por carácter, no ha podido resistir por mucho tiempo esa situación, y ha empezado nuevamente, hace algunos días, a dirigir benévolutamente sus miradas hacia las orillas del Sena.

Ayer publicó un artículo que al parecer no tiene otro objeto que dar algunas noticias, pero que en realidad va encaminado a crear atmósfera, como ahora se dice, en provecho del príncipe Alfonso, y a hacer ver en París que hay aquí quien piensa en esa solución.

Después de decir que el candidato que tenía en primer lugar el general Prim era don Luis de Portugal, y que el duque de Génova lo era solo para el caso en que la candidatura de aquel fracasase, deja *La Epoca* escapar de su pluma las siguientes líneas:

«También nos dicen de París que en los últimos días, y al parecer por la iniciativa de la reina Cristina cerca de su hijo, se agita vivamente la idea de un manifiesto a la nación española, en el cual, apartándose completamente del tono y las ideas de los manifiestos de Pau y de París, indicándose una abdicación que no encuentra resistencias, y la par que se sostiene derechos que se creen legítimos, se hace un último llamamiento a la nación española, sin distinción de partidos, para buscar en la bandera del príncipe Alfonso una conciliación sincera de todos los españoles, y la unión de las libertades públicas con la legitimidad dinástica. La reina Isabel se presentaría en este manifiesto, que no sabemos si verá realmente la luz pública, ni cómo y por qué pluma estará redactado, como dispuesta a todo género de sacrificios, aun los más dolorosos para una madre, en favor de su hijo y del bien de la nación española.

No sabemos cuál fuese la opinión de D. Francisco de Asís, que desde su regreso de Alemania a París se había encerrado en la mayor reserva sobre las cuestiones políticas; pero como se le supone poco desoso de volver a España, no parece que por su parte hubiera dificultades invencibles. La infanta Isabel y su esposo el conde de Girgenti habrían telegrafiado desde Roma en el mismo sentido, y el marqués de Miraflores habría apoyado fuertemente desde Bardeos los consejos reiterados de la reina Cristina.

Parécenos que *La Epoca* pierde el tiempo empleando sus habilidades en la causa fantástica del príncipe Alfonso. Doña Isabel II en medio de su desgracia no ha olvidado su dignidad. Sabemos que hay en efecto algunas personas que hacen tiempo trabajan en convencerla de que debe abdicar y confiar a su hijo a los revolucionarios de Setiembre; pero también nos consta que hasta ahora ha rechazado siempre sin vacilar toda propuesta de transacción con los detractores de su honra. Doña Isabel II sabe que ella no puede volver a ocupar el trono de España, comprende que los que la destruyeron aceptarían quizá con gusto a su hijo, pero recordando su historia pronostica lo que sucedería a D. Alfonso, teme con razón confiar a su tierno hijo a los que ni las consideraciones debidas a una mujer guardaron a la madre, y sobre todo no quiere añadir a su desgracia y a la de su familia la deshonra y la vergüenza de la humillación.

En vista del aumento visible de las partidas republicanas, *El Imparcial*, que es hoy día uno de los periódicos más decididamente ministeriales, publica las siguientes líneas:

«Aunque por los despachos recibidos ayer se advierte aumento notable en las partidas republicanas, este hecho no ha podido sorprender al Gobierno, que ha tenido anticipados avisos de los movimientos, y que por los datos que tiene en su poder se ha convenido, por el contrario, de que han faltado a los compromisos contraindicados de los que habían ofrecido levantar partidas en las diferentes partes que han sido los focos de la insurrección.»

Está visto que acá en el mundo no se consuela quien no quiere.

El mismo periódico dice que ha llamado la atención que anoche no se presentara ningún republicano en los puntos de esta capital a que concurren diariamente.

No hay mal de que bien no venga. El

levantamiento republicano ha obligado al Gobierno a aplazar la traída de un rey extranjero.

Mientras tanto, los montpensieristas no se desdichan y trabajan *pro domo sua*. Hoy *El Imparcial* se duele de ello, y añade, que sería de desear que esos señores imitaran la conducta del Gobierno, que ante la gravedad de las circunstancias nada hace en pró de candidatura determinada.

¿Y cómo ha de hacer, si la *Agencia Havas* confirma el despacho telegráfico de que nos habló el sábado *La Política*, y dice que Víctor Manuel no consentirá en que su sobriño venga de rey a España si esta no le elige por medio de un plebiscito?

Lúcidos van quedando los monárquicos.

Dice La Correspondencia:

«La única parte del presupuesto que falta terminar es la referente al Clero. En este asunto hay dos pensamientos, y no sabemos cuál será el que se admita.»

Pues basta con que hubiese uno y ese fuese justo.

ÓRDEN PÚBLICO.

La Gaceta de hoy publica lo siguiente:

«Cataluña.—Los sublevados de Reus se habían dirigido al Priorato, temerosos del castigo que se les había hecho acreedores: la ciudad quedó completamente tranquila, y el gobernador civil destituyó al ayuntamiento y disolvió los batallones de voluntarios de la libertad.

En Valls los insurrectos han cometido toda clase de excesos, y 10 personas fueron asesinadas, y muchas casas incendiadas con los protocolos y registros de la propiedad.

Columnas mandadas por el general Baldrich, brigadieres Palacios, Liguero y otros jefes han salido a marchas forzadas en todas direcciones, y obrando combinación para perseguir a los insurrectos.

Seguían en Balaguer los sublevados mandados por Plá y los miembros del pacto federal, habiéndose desentendido los de Yulola.

El brigadier gobernador militar de Lérida, con una fuerte columna de infantería y caballería, se dirige hacia aquel punto.

En La Junquera, donde se proclamó la república por un pequeño grupo, cortaron los hilos telegráficos, lo cual ha interrumpido la comunicación con Barcelona.

Granada.—En la noche del domingo la partida republicana de Plaza invadió la casa capitular de Santa Elena, recogió los fondos municipales, arrestó al alcalde, cortó los hilos telegráficos y publicó su jefe un bando para que el gobernador civil renunciara su destino dentro de 24 horas, bajo pena de la vida.

Una pequeña partida que salió de Villanueva y Ubeda fue alcanzada ayer por la Guardia civil, que dispersó en Mogón, cogiéndola dos prisioneros, armas y un bagaje. Iba mandada por Juan el Nacional de la Torre.

Andalucía.—La partida de Salvoochea abandonó ayer a Alcalá al saber la aproximación de la columna mandada por el teniente coronel Gurrea, dirigiéndose hacia la sierra de Ubrique. Esta partida va cometiendo toda clase de excesos, y los pueblos saludan y reciben con entusiasmo a las tropas que les persiguen.

El diputado Paul se presentó en Arcos en la madrugada del día 3 con 200 hombres; proclamó la república, y dió un bando por el que mandaba entregar las armas imponiendo pena de la vida a los que no quisieran unirsele. Diferentes fuerzas marchan en su persecución.

Galicia.—Los sublevados de Orense continuaban marchando en dirección a la frontera de Portugal, perseguidos por la columna del brigadier Schelly y otra de carabineros y Guardia civil.

Aragón.—Anteayer se presentó una partida armada de republicanos en Valpalmas; y después de publicar un bando, recogieron las armas que había en dicho pueblo, saliendo para Luna; pero perseguidos por la columna del teniente coronel Galindo, ha sido disuelta ayer en la Barca de Ardisa, cogiéndose tres prisioneros, un caballo y algunas armas. Esta partida iba capitaneada por un presbítero, llamado Sarasa.

Valencia.—La partida de insurrectos de la huerta de Múrcia fué batida y completamente disuelta ayer por la columna del comandante Alda, ante Benigan y Torreguero, dejando en el campo cinco muertos, ocho prisioneros, un herido, entre ellos un cabecilla, 32 fusiles rayados, provisiones y efectos de guerra. La columna tuvo cuatro soldados heridos, y el jefe de ella recibió una leve herida en el labio superior.

En Sueca se levantó ayer una partida, que era activamente perseguida.

De Cartagena marcharon seis compañías de voluntarios de la libertad, poseídas del mayor entusiasmo, a situarse en la Palma, Pozo-Res trecho, Albayor y Algar para sostener el orden.

En las demás provincias de la Península sigue reinando completa tranquilidad.

A las noticias oficiales sobre desorden público añaden los diarios ministeriales las siguientes; algunas de ellas, a ser ciertas, era de suponer que hubiesen sido publicadas por la Gaceta:

«El gobernador de Zaragoza avisa por el telégrafo que en la provincia se habían presentado tres partidas republicanas que, según parece, forman un total de unos 500 hombres. La una, mandada por el diputado Luis Blanc, se presentó en Boria; la otra, capitaneada por un estudiante de Zaragoza llamado Montenegro, se alzó en Padrola, y la tercera se presentó en Luna, mandada por un destajista de obras llamado Ayla, quien sacó la mayor parte de su gente de Huesca. Ayla pidió una fuerte suma en Luna, imponiendo pena de la vida para cobrarla.

Un despacho del gobernador militar de Tortosa anuncia que los insurrectos de Valls habían sufrido un terrible escarmiento.

Otro despacho remitido por un inspector de telegramas al ministro de la Gobernación, dice que los viajeros procedentes de Tarragona le aseguraban que el terrible escarmiento de que habla el despacho anterior, era una sangrienta refriega, en la que los facciosos dejaron 80 muertos en el campo, 300 heridos y gran número de prisioneros.

Este encuentro ha debido tener lugar en los alrededores de Valls, y parece probable que haya sido el general Baldrich quien haya destruido a la facción.

En Portus, provincia de Gerona, se ha presentado el diputado Suñer y Capdevila al frente de unos 1,000 facciosos. Suñer asistió a la junta de juramento de Lérida: desde allí pasó a Barcelona, luego a San Andrés del Palomar, desde cuyo punto envió la citación a su gente, para el pueblo de Portus.

Terminaron los detalles que van llegando de la permanencia de los republicanos en Valls. Quince ó veinte casas habían sido incendiadas; nueve vecinos asesinados y otro herido de tal gravedad que probablemente habrá espirado a estas horas.

Los insurrectos quemaron los archivos del ayuntamiento y los protocolos y libros del registro de hipotecas, lo cual demuestra el carácter eminentemente comunista del movimiento por aquella comarca.

Además hicieron una derrama importantísima, dividiendo a los contribuyentes en tres categorías: los de la primera pagaron 2,000 rs. cada uno; 1,000 los de la segunda y 500 los de la tercera.

Con referencia a viajeros, anuncia un despacho que los facciosos de Valls penetraron en un convento de religiosas cometiendo los mas repugnantes excesos.

Un despacho anuncia que los insurrectos de Valls, abandonaron la población anteayer tarde a las seis.

Ha llegado a Zaragoza el segundo batallón de ingenieros, y se dispone a marchar a Lérida. No ocurre novedad.

Los republicanos de la Coruña y del Ferrol esperaban ser secundados por los batallones de Marina, a quien antipatrióticamente se les aconsejaba por aquellos que no se embarcaban para Cuba. El embarque se ha verificado hoy, sin embargo, y es indescriptible el entusiasmo de las tropas al hacerlo.

Los clubs, milicia y ayuntamiento de Orense, han sido disueltos. La población tranquila y satisfecha.

Los insurrectos se encuentran en el centro del triángulo que forman Orense, Rivadavia y Celanova. En este último punto está el brigadier Chelí con 300 hombres y en Celanova hay 120 carabineros y Guardia civil. Circulan rumores de que han engrosado las filas de los sublevados. Se han puesto a las órdenes del Gobierno las personas más caracterizadas de la población.

Pasan de enaren a millones los destrozos hechos por los federales en obras públicas.

Las siguientes noticias son tomadas de los periódicos ministeriales:

«El diputado republicano Sr. Gonzalez Acevedo, cuya salida de Madrid se atribuía al proyecto de levantar una partida en León, se encuentra en Oviedo y se ha mostrado dispuesto a volver inmediatamente a Madrid.

Los voluntarios de Béjar han entregado hoy a la Guardia civil de Quijuelo, para que los conduzca hasta Salamanca, a los procesados Peco, Villar, Estébanz, Feito, Fonseca, Espalera, Saez Salvadores y Bonsengoult.

El brigadier Schelly sigue con unos 300 hombres a los alcances de los fugitivos de Orense. Estos tienen en su poder, según telegrama de última hora, a los prisioneros que llevan a pié y atados, amenazándoles de muerte tan pronto sean hostilizados.

Hoy han quedado completamente restablecidas las comunicaciones entre Madrid y Tarragona por la línea de Zaragoza.

Todo hace creer que el movimiento republicano va a concentrarse en Cataluña, donde tiene su mayor fuerza.

En la provincia de Lérida se han levantado también algunas partidas republicanas, que ascenderán en su totalidad a unos mil hombres. La que se reunió ayer en las inmediaciones de Lérida, al mando de los diputados provinciales se compone de cuatrocientos republicanos. Una columna de dos batallones los persigue de cerca.

Al mismo tiempo, las partidas del Alto Aragón, que se creía marchaban en dirección hacia Francia, se han corrido hacia Lérida, por lo cual el capitán general del distrito ha dispuesto que los batallones que operaban en Huesca salgan para Lérida.

Las líneas telegráficas del interior de Cataluña siguen cortadas, de modo que Gerona se encuentra incomunicada por todas partes.

Durante el día se han recibido algunas nuevas noticias de las facciones republicanas.

Un despacho de Lérida dice que ayer a las nueve de la mañana entraron en Torredesegre 500 republicanos, de cuya población salieron a las tres de la tarde al saber que se aproximaba una columna de tropas.

En Riola y Llauris, provincia de Valencia, se presentaron ayer unos 150 republicanos, mal vestidos y peor armados, procedentes de Sueca. Hicieron algunas exacciones y cometieron otros excesos. Fuerzas enviadas por el capitán general los seguían de cerca. Es probable que a estas horas hayan sido alcanzados.

La partida de Leon Merino, de 300 hombres, vagaba esta mañana entre la venta de Cárdenas y Santa Elena. Habían salido fuerzas de Jaén para perseguirlos.

En el pueblo de Almachar (Málaga) parece que han sido asesinados el alcalde y dos concejales.

Así lo dicen los diarios malagueños; pero no dan detalles de este crimen.

Hoy han vuelto a ser cortados el telégrafo y la línea férrea por el puente número 41, inmediato a Santa Elena; pero una y otra vía han quedado otra vez habilitadas.

El republicano Plaza, con unos 150 hombres, que ha sido el causante de estas averías, entró en el pueblo, apoderándose de 8,215 rs. 25 céntimos del ayuntamiento, y ha publicado un bando concediendo un plazo de veinticuatro horas al gobernador de la provincia (Jaén) para entregar el mando a los republicanos, o pena de ser pasado por las armas. Hay que advertir que Plaza, como decimos, solo dispone de 150 hombres.

Se asegura que el Sr. Paul y Angulo ha impuesto pena de la vida a todo varón de diez y seis a cuarenta años que no se una a su bandera.

Los fugitivos de Orense siguen hacia Portugal, habiendo pasado por Castelo de Miño para pasar al río por Allariz. Aún no han dado libertad a las autoridades que llevan prisioneras. Parece que en los primeros momentos prendieron también al secretario del gobierno, pero este logró evadirse.

Han sido reducidos a prisión en Granada los empleados de obras públicas que falsificando el sello de la oficina y la firma de su jefe, lograron reunir a los peones camineros en dos puntos distintos de la provincia, con objeto de proclamar la república federal. Las autoridades se apoderaron oportunamente y pudieron deshacer este plan.

La partida que se presentó en Alcira está casi disuelta, y los pocos que la componen huyen a la desbandada.

En Alcira, pueblo insignificante de Cinco Villas, ha aparecido una partida de 50 republicanos.

El diputado Paul y Angulo ha entrado hoy en Arcos con unos 100 hombres.

El Alto Aragón de Huesca publica los siguientes pormenores acerca de los republicanos de Barbastro:

«Habiendo rodeado anteayer los rebeldes la casa cuartel de la Guardia civil, parece tenían dispuesta pólvora en los sótanos para volar la casa en que aquella habita, y agarrar en el tejado para incendiarla. Los refugiados en ella sa-

CÓRTESES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 4 de Octubre de 1869.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RIVERA.

ORDEN DEL DÍA.

Proyecto de suspensión de garantías constitucionales.

Continuando la discusión pendiente sobre la totalidad del proyecto, se concedió la palabra para rectificar al Sr. Sorni, el cual se reservó usar de su derecho cuando hablase contra el art. 1.º

El Sr. PÍ Y MARGALL: Al decir el señor ministro de la Gobernación que nosotros estábamos indecisos y no sabíamos si resolvernos por la fuerza de la ley o por la ley de la fuerza, no se acordaba de lo ocurrido en el año de 1868, cuando ocurrió la sublevación de algunos escuadrones acudidos por el señor general Prim. Entonces había en la Asamblea dos representantes de las ideas progresistas, los Sres. Figuerola y Candau, y cuando el primer día que se dio una unanimidad a los que estaban sufriendo condiciones por aquellos sucesos, y contestaba el general O'Donnell que era preciso antes que el señor diputado le comprometiera su palabra de que el partido progresista abandonaría la senda que había emprendido, replicaba el Sr. Figuerola lo que aquí es la pena del Talión: «Ojo por ojo, diente por diente, caballería por caballería.»

Decía también que los republicanos eran menos dignos de consideración que los carlistas, porque nosotros hacíamos la guerra con armas ajenas, sin recordar que los progresistas la han hecho constantemente con armas que tampoco eran suyas, pues siempre han apelado al ejército, que no es patrimonio de ningún partido, y que está destinado únicamente a la defensa de la patria.

Ha incurrido también S. S. en un error al decir que todo el partido republicano era cómplice en los sucesos de Tarragona, pues debía reconocer que el comité republicano de aquella localidad lo reprobó terminantemente, añadiendo que si algunos republicanos resultaban cómplices de aquel punible atentado, desde luego los rechazaba del partido.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, está V. S. contestando, y sólo tiene la palabra para rectificar.

El Sr. PÍ Y MARGALL: Puesto que no puedo defender a mi partido de los ataques que ayer le dirigió el señor ministro de la Gobernación, me siento.

El señor PRESIDENTE: V. S. podrá hacer una defensa amplísima consumiendo un turno en cualquiera de los artículos, y se respetarán las prescripciones del reglamento.

El Sr. RUIZ GÓMEZ: Vamos a terminar muy pronto la discusión de la totalidad de este proyecto, que la comisión ha aceptado con profundo sentimiento, y que el Gobierno ha presentado también con profunda pena; pero la verdad es que nada tiene de anticonstitucional, sino que por el contrario se sujeta a las prescripciones de la Constitución democrática que todos hemos firmado.

Pues bien; teniendo estos derechos, no se comprende por qué algunos señores diputados de la extrema izquierda se han puesto al frente de esas turbas, que solo el nombre de turbas merecen según los actos que ejecutan. Esas turbas en efecto violan los derechos individuales de los demás ciudadanos, y he aquí por qué ha sido preciso fijar la vista en el artículo 17 de la Constitución, escrito para amparar esos derechos consignados en la Constitución. Pero es preciso que quede bien consignado que esta suspensión no es igual a las que en otras ocasiones se han hecho, pues no se pide antes ni después de la batalla, sino cuando la insurrección arde en todo el país. No ha bastado sin embargo esto para que la comisión aceptase el proyecto, sino que ha sido preciso que el Gobierno diera las patrióticas explicaciones que desde luego se ha prestado a dar, y que nos han convencido de la dolorosa necesidad del proyecto que se discute.

Conocidos los hechos y nadie echará la culpa al Gobierno. Culpados los que han provocado mas que la guerra civil, la guerra social.

Afortunadamente muy pronto vendrá el Gobierno a renunciar a la suspensión de las garantías, y se verá cuáles son los excesos que se han cometido, y de parte de quién está la legalidad, la razón, la medida y la prudencia.

Yo entiendo que si los republicanos tuvieran paciencia, sería más fácil que alcanzaran el ideal que se proponen. Porque la verdad es, señores de enfrente, que o no habéis tenido paciencia, o no habéis tenido bastante influencia para hacer que la tengan vuestros correligionarios.

El Sr. CASTELLAR: Señores diputados: rectificaré en breves palabras. Si ayer me hubiera llegado mi turno, hubiera sido más extenso; pero hoy en frío, será breve.

Triste destino el del señor ministro de la Gobernación! ¡Quéale siempre encorran los debates. El número de su oratoria es la pasión. La cuerda sonante de su estilo, la invectiva. Habla con elocuencia, pero apasionadamente; y sacrifica a su renombre oratorio los intereses de la revolución de Septiembre. S. S. debería tener más presente, que cuando un hombre llega a su altura, ha de tener la gran imparcialidad que el Gobierno lleva consigo, porque no es el representante de un partido, sino de toda la nación; y en circunstancias tan extremas, debe producirse con calma, y no con frases que subleven los ánimos.

El señor ministro de la Gobernación no ha podido encontrar ningún argumento contra los que yo he aducido, ¿ni cómo había de encontrarlo? Una ley de represión para un Gobierno liberal, es como un empréstito usurario para una casa. Por el pronto le permite salir del apuro del momento; pero en el porvenir es su ruina segura. S. S. no pudo contestar al cargo que le hice de que había cometido este verano y cometa ahora mismo, presentando este proyecto, una serie de monstruosas ilegalidades.

Esto es tan cierto, señores diputados, que hay pueblos donde no se concede la facultad de dar leyes excepcionales ni siquiera a la Cámara.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado: S. S. rectificará y nada más.

El Sr. CASTELLAR: Me limitaré, pues, a rectificar.

Decía el Sr. Sagasta que yo no había fundado mis cargos de ilegalidades, y debo rectificar este concepto. Yo he dicho que no tenía derecho a exigir respeto a la legalidad el ministro que a su vez no la respeta.

S. S. decía que la ley de 17 de Abril estaba vigente, y no lo estaba; ha sido rota, no solo por la revolución, sino por la ley misma, y S. S. al restablecerla usurpaba las atribuciones de las Cortes. Esto es tan importante, que puede decirse que el régimen imperialista se distingue del constitucional en que en este la facultad de dar leyes de excepción corresponde a la Cámara, y en el primero pertenece al emperador o al César.

Pero el Sr. Sagasta decía: «Es necesario que la situación se aclare: es necesario que nos digais cuál es vuestro estado político.» Yo contestaré a S. S. que nosotros tenemos derecho a reconocer a nuestros amigos en la fortuna, en el poder, pero jamás en la desgracia, en la lucha. Además, cuando hay un poder que se reviste de todas las atribuciones que pueden tener los reyes absolutos; cuando dentro de poco cesará la inviolabilidad parlamentaria.

El señor PRESIDENTE: La inviolabilidad par-

lamentaria no cesará. Las Cortes conservan su soberanía siempre.

El Sr. CASTELLAR: Pues bien; al menos dejaré de ser ciudadano, porque dejaré de ser libre, y mi hogar estará expuesto a que entren en él los esbirros del Gobierno. Cuando en esa posición me encuentro, jamás haré concesión ninguna a un Gobierno, porque sería en mí un acto de indignidad y de cobardía.

Por lo demás, en el momento mismo en que este conflicto se ha empeñado, el Sr. Sagasta cogió la sangre caliente del gobernador de Tarragona y quiso salpicar con ella todos estos bancos.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, eso no se rectifica.

El Sr. CASTELLAR: Pero, señor presidente, ¿no puedo yo rectificar este concepto, por el que se nos ha atribuido el asesinato del gobernador de Tarragona?

El Sr. PRESIDENTE: Solo los conceptos atribuidos a S. S. son los que puede rectificar. Puede S. S. pedir la palabra en uno de los artículos y contestar lo que tenga por conveniente; pero ahora no puede hacer otra cosa que rectificar.

El Sr. CASTELLAR: Pues bien, me reservo uno de los turnos siguientes.

Habiendo hablado tres señores diputados en contra de la totalidad y tres en pro, y hecha la pregunta de si se pasaría a la discusión por artículos, habiendo recaído el acuerdo afirmativo, dijo:

El Sr. Ochoa: Yo había pedido la palabra para rectificar.

El señor PRESIDENTE: No estaba S. S. en su sitio cuando se le concedió, y por eso se la di al Sr. Pi Margall; sin embargo, se consultará a las Cortes si se le ha de conceder la palabra para rectificar.

Hecha la pregunta, se acordó afirmativamente.

El Sr. OCHOA: El discurso de ayer del señor Sagasta produjo tal irritación, que se dejó atrás lo sucedido con el del Sr. Ayala, porque S. S. no tiene modos ni maneras parlamentarias.

El decir que somos unos cómicos que nos hemos repartido los papeles, es un insulto que no se puede tolerar. S. S. estaba acostumbrado a hacer los papeles de galán joven; ahora le han dado el papel de barba, y no lo puede desempeñar sino con las maneras que hacia el de galán; así es que no puede producirse con la calma que exigen las circunstancias y la posición que ocupa. No he visto discurso más inconveniente que el que pronunció ayer el Sr. Sagasta, en el cual aseguraba que estamos en completa libertad y en el goce de todos nuestros derechos, cuando estamos como antes de la revolución de Septiembre.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, eso no se rectifica.

El Sr. OCHOA: Pues me reservo usar de la palabra en contra del art. 1.º.

Leído por el señor secretario Llano y Pons el artículo 1.º del proyecto, y abierta discusión sobre él, dijo:

El Sr. SORNI: Señores diputados: Grave, gravísima es la situación en que el país se encuentra. El Gobierno ha creído aquí lo que crea un remedio para esos males, y la comisión, compuesta en su totalidad de progresistas, acepta lo propuesto por el Gobierno. Tenemos, pues, que examinar cuáles son los males del país, las causas que los han producido, y si el remedio que se quiere aplicar es o no el oportuno.

Propongo el Gobierno la suspensión de las garantías individuales, es decir, la misma clase de medidas que ha adoptado el partido moderado, y que hicieron necesaria la revolución.

Nada diré por ello a la unión liberal, que adoptó esas mismas medidas de que luego fué víctima, concluyendo por venir a hacer la revolución con nosotros: me dirigirá principalmente al partido progresista, en cuyas manos siempre ha perecido la libertad; lo mismo en 1843 en que en 1869, cuando ocupando el Sr. Santa Cruz el ministerio de la Gobernación, fué preparando el resquebrajamiento para entregarse con armas y bagajes en manos de sus contrarios. Después de esto, vedlos hoy mismo preparar el camino a la reacción que nos amenaza.

Pero examinemos la conveniencia de la medida que se trata de adoptar. La revolución de Septiembre tuvo por objeto de destruir los grandes abusos que existían. ¿Y se han corregido siquiera? Vamos a verlo.

La marcha de todo Gobierno descansa sobre dos ejes principales, la Hacienda y la Gobernación. En Hacienda hemos seguido los procedimientos rutinarios de siempre: en la Gobernación ha sucedido lo mismo, aunque con la diferencia de la ineptitud en la mayor parte de los gobernadores actuales.

Después de esto, ¿tiene algo de extraño que se haya aumentado mucho el partido republicano desde la revolución de Septiembre? Se estableció el Gobierno provisional, y el pueblo comprendió que podía pasar sin rey; y por consiguiente, si nosotros hemos hecho la propaganda, vosotros le habéis dado el ejemplo práctico. Sin embargo de esto, habéis dirigido después a este partido los más injustificados ataques. Así han sobrevenido los conflictos.

Hay más: se había derribado un trono, y si se aspiraba a respetar lo que la soberanía nacional determinase, ¿a qué el Gobierno enarbolar la bandera monárquica? Esto ya fué un mal. El Gobierno que se había declarado monárquico había necesariamente de hacer la guerra a los republicanos, y así ha tenido lugar, como el mismo señor ministro de la Gobernación ha dicho en conversaciones particulares.

El señor ministro de la Gobernación hace varios signos negativos. Si S. S. lo niega, tanto peor para él, pues entre su señoría que está acostumbrado a negar muchas veces la verdad, y yo que nunca he faltado a ella, el país juzgará.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, tenga V. S. en cuenta que está hablando a la Cámara y que no puede continuar haciéndolo en esa forma.

El Sr. SORNI: Vuelvo a decir que se ha hecho la guerra al partido republicano, pues la destitución de ayuntamientos de ese partido, sustituyéndolos con otros, faltando a la ley, y otros muchos actos del señor ministro de la Gobernación, no significan otra cosa.

Ha dicho el ministro de la Gobernación que el Gobierno y las autoridades podían faltar, pero no el pueblo; porque cuando falta el Gobierno pueden hacerse aquí las reclamaciones convenientes, no estando justificada la insurrección sino cuando no se encuentre remedio dentro de la legalidad. Por esa teoría S. S. ha justificado el derecho de los sublevados.

Nosotros nos hemos quedado y hemos recibido por contestación la burla y el menosprecio. Esto nos ha sucedido cuando hemos reclamado contra la conducta de los gobernadores de Lérida y Tarragona, y todavía no se han castigado los asesinatos de Montorio ni los de Montalegre. Hé aquí las causas de los males del país. Siento tener que recordar el asesinato de Tarragona; pero están impunes todavía los asesinatos de Saint-Yust en Málaga, los de Quesada y Cantejón en Madrid, y otros varios. Después de todo esto, ¿qué queréis? ¿Que haya una ley para unos y otra para los demás?

La medida que hoy se propone, no solo la creo innecesaria, sino completamente inútil. Yase ha dicho esto de la ley de 17 de Abril, que no es cierto estuviera vigente, y lo mismo habrá de decirse de este proyecto que no ocupa, que no puede dar otro resultado que el de conducirnos a la reacción. Y que los mismos diputados de la

minoría quedamos espuestos a esas medidas excepcionales, lo prueba el que desde que se ha presentado ese proyecto, algunos señores que se sientan en esos bancos me han ofrecido ya su casa y protección.

Yo no extraño ese proyecto, porque en todos los pasos que da el señor ministro de la Gobernación va marchando como discípulo, y discípulo aprovechado del Sr. Posada Herrera. Lo que debía hacerse es evitar que se repitan hechos como los que han tenido lugar.

Se verifica el lamentable suceso de Tarragona, se reúne la milicia, y porque al gobernador le pareció sospechosa su actitud, se le desarma, cuando debió verse primero si desobedecía o no las órdenes que se le dieran. Se reúne en Tortosa el pacto federal, y cuando el mismo señor ministro hace un elogio de la medida con que se procedió, se desarma la milicia. Se reúnen los comandantes de la milicia de Barcelona, hacen una protesta como ciudadanos, y se desarma la milicia; y por más que se diga que faltaban a la ley, esa no era razón para que se castigase a todos los demás individuos que no habían concurrido a ese acto. ¿Es esto justo? ¿No es esto provocar los conflictos?

Retirad ese proyecto, que ha de producir resultados contrarios a los que os proponéis. Yo no me dirijo a la unión, porque siempre han entrado en su doctrina esas medidas; me dirijo a los progresistas, que siempre han sepultado la libertad con sus errores, y a mis antiguos amigos los moderados, que han dado sus principios a la revolución, para que sean consecuentes con ellos no aceptando ese proyecto. La historia nos juzgará y dirá si por ese camino puede irse a la libertad.

El Sr. MADRAZO: Pocos momentos molestaré la atención de la Cámara, puesto que la discusión está agotada, y después de lo manifestado ya por el señor ministro de la Gobernación en el día de ayer, poco puede añadirse en defensa del dictamen.

La comisión ha aceptado el proyecto con el mismo sentimiento que el Gobierno lo ha presentado; pero la fuerza de las circunstancias le han impuesto este deber.

Ha dicho el Sr. Sorni que era preciso examinar la situación, las causas que la han ocasionado, y si el remedio que proponía el Gobierno era bueno. Yo deploro que hayamos llegado a esta situación, pero en ella nos encontramos, y ciertamente no es por las causas que dice el señor Sorni.

Si hay derecho de insurrección cuando el Gobierno ataca la libertad, ¿cómo no le ha de haber por parte del Gobierno para defender la sociedad cuando se ataca la vida, la honra y la propiedad? La conducta del Gobierno está justificada ante la gravedad de la situación, pues aunque hubiera cometido algún pequeño desliz, una serie de pequeños deslices, esto no era causa bastante para poner en conflagración general este país.

En el estado a que hemos llegado, es preciso que las Cortes den al Gobierno las facultades necesarias para que pueda obrar y restablecer el equilibrio social, ahora que el Gobierno ha creído que era llegado el momento en que es preciso obrar así. Y no puede haber desconfianza de parte de un Gobierno que nada de esto ha pedido cuando las sublevaciones de Cádiz, Málaga y Jerez, y tampoco cuando la sublevación carlista, viniendo a pedirlo solamente cuando la situación es grave, gravísima, como ha dicho el Sr. Sorni.

Y no se diga que se ataca a los rebeldes del mismo modo que ellos atacan, no; porque esto no puede hacerlo el Gobierno, y por otra parte las armas no serían iguales, porque los rebeldes han suspendido todas las leyes, han abolido todos los derechos. ¿Y es posible que cuando los enemigos pugnan por destruir lo que con tanto trabajo hemos levantado, que cuando el Gobierno trata de salvar el país, no se le conceda lo que para ese objeto necesita?

Decía el Sr. Pi que es ley histórica que siempre que el Gobierno triunfa de la oposición liberal, se inclina a la reacción.

Lo que con más fundamento puede considerarse como ley histórica y más constante que la indicada por el Sr. Pi, es que siempre la reacción es igual y contraria a la acción. Lo que principalmente provoca la reacción son los excesos de la demagogia; por eso en Francia en 1848 no fué la victoria de Cavaignac, sino las demagogías demagógicas que alarmaron a la sociedad, las que produjeron la reacción en que allí entró la política. (El Sr. Figueras pide la palabra.)

Concluyo rogando a la Cámara que dé su voto al proyecto de la comisión, robusteciéndolo de esa manera el poder del Gobierno, para salvar la propiedad atacada por bandas insurrectas, para salvar los derechos individuales, la sociedad y hasta los mismos republicanos que pensando de distinto modo que los sublevados serían arrastrados por el oleaje demagógico.

El Sr. Sorni rectifica.

El Sr. FIGUERAS: Mi carácter es algo acalorado para tomar parte en esta discusión candente, y por esto me había abstenido de terciar en ella; pero obligárame a faltar a mi propósito el discurso atrevido, y con permiso de S. S., podría decir procaz, del señor ministro de la Gobernación, que no olvidó ayer tarde injuria ni dicerio alguno contra la minoría republicana; y las palabras gravísimas pronunciadas por mi digno amigo el Sr. Madrazo. Comenzaré por estas últimas.

Dice S. S. que la reacción es siempre igual a la fuerza que han tenido los desórdenes revolucionarios. No me citará S. S. un ejemplo en que las demasías en sentido liberal hayan provocado la reacción; y yo puedo recordar a S. S. muchos en que ha sucedido lo contrario. La reacción que cayó sobre Francia después de las terribles jornadas de Junio de 1848, no fué producida por los excesos de la revolución; esa causa debe buscarse en que la Francia no es revolucionaria sino cuando es propagandista.

Dicho esto, voy a ocuparme con más calma de la cuestión del momento. Señores, cuando hace un año se fundieron en una idea común los partidos revolucionarios monárquicos, se consideró como un resultado muy favorable a la causa de la libertad el reconocimiento de la autonomía individual, iniciado por el presidente de esta Cámara, hecho por los que antes la miraban con recelo desdeñoso, pues aún recuerdo yo, como recuerdo todos, los artículos que aparecieron en *La Iberia*, que en son de burla nos llamaban autónomos, como si fuéramos unos animales raros y desconocidos en la creación.

Digo, pues, que una gran fracción de la unión liberal, animada de buenos deseos por la libertad, al unirse al partido progresista amoldándose a las circunstancias, se equivocó, y si mañana la reacción viniera, sería también víctima de ella, pues no tendrá fuerza para dominar a otra importante agrupación que se inclina a ideas más conservadoras, y no tendremos ni siquiera los cinco años de media libertad del tiempo de O'Donnell, porque no podrá contener las oleadas reaccionarias que nacerán dentro de su mismo seno.

Después de esto quedaba al partido progresista un gran recurso, la solución indicada por el Sr. Martos; quedábale el hacer una gran conversión sobre la izquierda de esta Cámara; pero lejos de eso, no ha tratado más que de abrir un abismo entre ambos lados, hasta que los acontecimientos han venido a complicar la situación, agravándola notablemente.

Aquí, señores, no había más que dos solucio-

nes; o una conducta firme y resueltamente monárquica, o una conducta firme y resueltamente republicana; y en lugar de seguir una de ellas, los hombres más importantes de la mayoría se han ocupado en hacer imposible el candidato al trono propuesto por su fracción aliada y en presentar a su vez candidatos imposibles. ¿Y cómo creéis que esta marcha hacia lo desconocido pueda ser tolerada por un pueblo culto? ¿No han de alarmarse los intereses conservadores? Y con mayor motivo se promueve la agitación cuando hay provocaciones que vienen del Gobierno.

Se ataca al partido republicano por el desgraciado suceso de Tarragona. Pues en otras épocas ha habido acontecimientos mucho más deplorables.

En 1856, existiendo en el Gabinete dos tendencias, la del duque de la Victoria y la del conde de Lucena, tuvieron lugar los incendios de Valladolid; y por cierto que el señor marqués de Albaladejo protestó contra tales desórdenes; y cuando yo esperaba que la Cámara se uniría a su protesta, se levantó el señor conde de Lucena y apostrofó al señor marqués de Albaladejo, como ayer el Sr. Sagasta a la minoría. Cuando yo vi esto en aquella época, dije: «Estamos muy cerca del golpe de Estado.» Y en efecto vino a poco tiempo.

Desgraciadamente, pocos días antes de reanudar sus sesiones en el Parlamento, ocurre el asesinato del secretario del gobierno civil de Tarragona de la manera que voy a referir, porque el Sr. Sagasta al hacerlo ayer incurrió en muchas inexactitudes; debiendo decir que los datos no me los han comunicado mis amigos políticos, sino que los he visto en cartas de progresistas que lo son hace más de treinta años.

El señor general Pierrad quiso asistir a una sesión del pacto federal de Tortosa. Cuando llegó a Tarragona el general Pierrad, el secretario del gobierno pasó orden al alcalde para que ningún club fuese a recibirle con banderas y lemas de «¡viva la república!» y aunque esta orden era un atentado al derecho de reunión y manifestación, pues no se puede impedir ese grito como no se haga tumultuariamente, y es a idea la ha sostenido el Sr. Martos, la orden fué obedecida, y no asistió más que un club, o mejor dicho, una asociación; la de los toneleros, llevando una bandera con las insignias de su oficio, y en medio de ella el lema de «¡viva la república federal!»

Llegó a la estación el secretario y mandó que quitaran el lema que estaba impreso con letras de papel dorado pegadas con goma sobre calicot encargado. Quitaban las letras despegando con agua el papel dorado; pero como el calicot se había descolorido y la goma había dado mayor consistencia a los tegidos, resultaba que las letras quedaban tan distintas después como antes. (Risas.) Probado y lo vereis.

A poco llegó el Sr. Pierrad y entró en un coche, y acercándose el desgraciado secretario quiso arrancar la bandera que llevaba en la mano a uno que acompañaba al general, y marchando el coche fué cuando sin que el Sr. Pierrad pudiera prever ni oír lo que ocurría, se vió acometido de la manera que todos deploramos. Ni los grupos de republicanos que allí había sabían nada, ni tampoco el general. (Rumores.)

Todos saben que el general Pierrad es sordo, y de seguro nadie le habrá la injuria de creer que si lo hubiera visto no hubiera hecho los mayores esfuerzos para impedir tan infame e infame asesinato. Pero yo pregunto, señores, ¿dónde estaban los monárquicos, que al ver pasar precisamente por la calle donde hay más individuos de ese partido, el cadáver de la infeliz víctima, arrastrado por una turba de chiquillos y mujeres no salieron a su defensa? ¿Dónde estaba la fuerza pública de Tarragona, que no acudió en tres cuartos de hora que duró el sangriento espectáculo al lugar de la catástrofe? ¿Decís que el partido monárquico estaba intimidado por las turbas? Pues cuando tres carabinieri bastaron para arrancar al desgraciado secretario de manos de sus verdugos, es un partido cobarde.

Apenas ocurrido el hecho, ha sido censurado como se merece por todos, incluso el comité republicano de Tarragona; pero él ha servido de pretexto para otros que después se han verificado. La milicia de aquella capital fué desarmada, alegando que no se había presentado a las órdenes de la autoridad, siendo así que no debía haberlo a la civil o militar, sino a su jefe, que era el alcalde popular, y a éste se presentó inmediatamente. Es verdad que el alcalde popular de Tarragona es republicano, y por esto sin duda no le considera autoridad el Gobierno.

El general Pierrad salió en el mismo día para Tortosa, donde fué preso, y donde sin haber el menor síntoma de alarma, fueron también desarmados los voluntarios. Debe notarse que, tanto allí como en Tarragona, se alegó por el Gobierno para esa medida que no estaban organizados con arreglo al decreto de tal fecha, como si el señor ministro de la Gobernación no echara de ver semejante irregularidad hasta que ocurrió un suceso. Esto parece indicar que hay un plan preconcebido de disolución de la fuerza ciudadana.

Varios comandantes de la milicia de Barcelona, al saber lo que había pasado en Tarragona y Tortosa, firmaron una protesta dirigida a las Cortes Constituyentes, y de aquí se tomó pretexto para que allí fuese también desarmada. Temiéndolo así, se pidieron explicaciones a las autoridades de aquella capital respecto a la aglomeración de tropas que en ella había y a otras disposiciones adoptadas y que con fundamento alarmaban los ánimos de los voluntarios.

Bajo la confianza de la respuesta tranquilizadora que se les dió estaban, cuando sin proceder bando alguno se adoptaron medidas como la de poner doce cañones delante de Atarazanas y ocupar varias casas, violando el domicilio de los ciudadanos, lo cual confirmó a los voluntarios en su idea de que se preparaba algún golpe de Estado. Sin embargo, el comité republicano dió una proclama diciendo que no se acercara a las armas, y cuando la situación se iba haciendo más difícil y ya se habían hecho barricadas, una comisión de que era individuo nuestro compañero el Sr. Serrallana, fué con ausencia del capitán general a disuadir a los que se habían levantado en armas. Ya habían convenido a la mayor parte para que desistieran de una lucha temeraria, quedando sólo unos 80 ó 90 hombres más tenaces en su empeño, cuando sonó una descarga que no se sabe de dónde salió, comenzando la pelea.

El capitán general había dado a los comisionados una hora, y cuando le decían que no bastaría para su cometido, contestó estas gráficas palabras: «No cortaré la hora con tijeras de sastre.» A pesar de esto, las tropas atacaron las barricadas, y el Sr. Serrallana y sus compañeros fueron presos en el cuartel de la milicia a donde se habían retirado, y el cual también fué tomado por las fuerzas del ejército. El Sr. Serrallana si-gue preso y encausado, sin tener en cuenta lo que he referido ni su inviolabilidad de diputado.

Después ha venido una insurrección, y supon-gamos que en el partido republicano ha habido culpa; pero ¿merece las acusaciones que ayer le dirigí el Sr. Sagasta? Contra el asesinato del gobernador interino de Tarragona, yo podría citar otros muchos asesinatos políticos cometidos en nombre y en interés del partido progresista. Y el alzamiento de 1843 contra el duque de la Victoria, ¿fué acaso más justificado que la actual insurrección republicana? ¿Qué artículo de la Constitución había violado el regente del reino? ¿Hay proclama más incendiaria que el

lieron, y la Guardia civil lo hizo después, no sin haber parlamentado con los jefes y gobierno de los insurrectos.

Querían que aquella saliese sin armas, a lo cual no accedió; se les consintió salir armados, asegurándoles que no se les hostilizaría; pero al llegar a las afueras, una emboscada de furias les acometió, disparándoles a quemarropa, y arrojándose después quince o veinte contra uno, hicieron presos según dijeron a aquel periódico, a los guardias, tres de los cuales cayeron heridos, uno para morir pocas horas después; atados codo con codo entre groseros insultos y cual-ha una horda salvaje, fueron conducidos a la cárcel.

La casa-cuartel de la Guardia civil fué saqueada, habiendo robado y destruido cuanto en ella había, causando sobre todo mas pérdidas al capitán Sr. Riera, que mostró heroica serenidad en medio de las turbas amenazadoras de su existencia y de las que recibió groseros insultos y tratamientos que solo se conciben entre los berberiscos y caníbales.

El gobierno republicano de Barbastro decretó un impuesto de cuotas de 2,000 rs. abajo para distribuirlo entre los monárquicos. No llegó a cobrarse.

En suma, Barbastro ha contemplado los horrores de la demagogia, los horrores de que hoy sería presa toda la nación si el movimiento republicano hubiese triunfado.

Asegurábase ayer que los empleados públicos partidarios de la idea federal republicana presentarian la dimisión de los cargos que desempeñan, fundándose en que no les es lícito percibir remuneración de un Gobierno cuya forma combaten por escrito, de palabra y con las armas.

La Gaceta de hoy publica un decreto del ministerio de Gracia y Justicia de 1.º del corriente, admitiendo la dimisión que con fecha 2 de Junio último han presentado D. Manuel Cortina, D. Pedro Gómez de la Serna, D. Juan González Acevedo, D. Pascual Bayarri, D. Manuel García Gallardo, D. Cirilo Alvarez y D. Francisco de Cárdenas de los cargos de presidente el primero, y de individuos los demás de la comisión de codificación.

Por orden del ministerio de Hacienda, de 29 del pasado se dispone:

1.º Que el recargo que debe exigirse a los aduantes que declaren valores bajos es igual al derecho que se cobre a las mercancías sobre el valor dado por los peritos.

2.º Que si dichos aduantes se conforman con los aumentos que hagan los Vistas y no hay necesidad de acudir al examen de los peritos, el recargo sea la mitad del derecho que pague la mercancía sobre el valor dado por los Vistas.

Y 3.º Que los recargos que se impongán en entran los casos con distribuidos entre la Hacienda pública y los empleados, lo mismo que los que se imponen con arreglo a lo dispuesto en el art. 410 de las ordenanzas generales de Aduanas.

La minoría republicana no se retirará del Congreso hasta que quede terminada la cuestión del voto de censura contra el Gobierno.

Segun dice un periódico, parece que el ex-Congreso republicano de Reus había acordado enviar representantes a las repúblicas de Suiza y de los Estados Unidos, como prueba de estar proclamada la república en España.

Dice anoche *La Política*:

«La ley de suspensión de garantías no se votará hasta mañana. Votada la autorización, se suspenderán positivamente las sesiones. Esta es la causa de que muchos diputados se muestren remisos en venir a Madrid.»

—La situación de los republicanos de la Cámara es insostenible. Los Sres. Castelar y Figueras siguen dando muestras de más profundo dolor al ver en la que se han metido.»

Segun leemos en *La Correspondencia* de anoche, los diputados republicanos acordaron ayer no asistir a las Cortes mientras dure la suspensión de garantías.

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

El Sr. Garrido ha hablado violentamente contra el proyecto de ley que se discute. Ha defendido al partido republicano, acusando fuertemente al Gobierno.

Al decir que si las Cortes vendieran la nación a un monarca extranjero... fué interrumpido por el presidente, que dijo que las Cortes no pueden admitir eso ni en hipótesis. Produjose con este motivo un gran tumulto en la Asamblea.

El Sr. Garrido terminó diciendo que si se aprueba el proyecto que se discute, acusará al Gobierno y a la mayoría. Gran alboroto en la Asamblea: el presidente dice que explique esas palabras o las retire. El Sr. Garrido da varias explicaciones, y el señor presidente se contenta con la última, que da la interpretación de que el país juzgará a la mayoría y al Gobierno.

El Sr. Sagasta dice al Sr. Garrido que explique o retire las palabras de «si las Cortes vendieran la nación a un monarca extranjero.» El presidente dice que está suficientemente explicadas. Promuévese un altercado sobre esto entre el ministro, que niega, y el presidente, que afirma.

Varios diputados de la mayoría, unionistas y progresistas, apoyan al ministro de la Gobernación, diciendo: ¡no! ¡no! Otros, de la mayoría, demócratas, apoyan al presidente, diciendo: ¡sí! ¡sí!—Nuevo tumulto que termina con la lectura de las notas taquígrafas.

Contestó al Sr. Garrido el Sr. Morales Díaz, defendiendo la autorización que el Gobierno pide por ser necesaria para la tranquilidad del país, perturbado por los republicanos, a quienes acusa de todo lo malo que sucede aquí y aun en Cuba.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 22-75; pequeños, 23-40, 24-95 y 24-00; a plazo, 22-65 y 70 fin cor. fir.

Títulos del 3 por 100, procedentes del diferido, publicado, 22-25; a plazo, 22-60 fin cor. vol. prima, 25 cé

discurso pronunciado entonces en las Cortes con la complicidad de su presidente, por nuestro jefe de hoy el Sr. Olózaga? ¿Era entonces desleal el Sr. Olózaga por no estar en aquellos momentos al lado del general Prim, que se había sublevado contra Espartero? Pues si no lo era, ¿por qué nos llamaba ahora a nosotros desleales, cuando, siendo ciertos los cargos que se nos hacen, no habíamos hecho sino seguir el ejemplo que nos ha dado ese partido hoy tan conservador, y que se llama progresista?

Mas adelante, en 1856, ¿quién hizo ese mismo partido? Se sublevó contra el ministerio del conde de Lucena sin motivo legal, por mas que tuviera razón moral para hacerlo. Luego, en tiempos mas próximos, tenia establecidos comités electorales unidos perfectamente entre sí, y todos relacionados con el central de Madrid, lo cual constituía una situación semejante á la de los pactos que nosotros hemos establecido. Ese partido, digo, que á la sazón se hallaba en el retraimiento, convocó á una reunión, á un convite á los representantes de los comités provinciales en los Campos Elíseos de esta capital, y allí dijo el general Prim las siguientes palabras: «Decís que somos pocos? Pues encerrad las tropas en los cuarteles y vereis lo que sucede.» Señores, ¿hay proclama incendiaria que equivalga á estas elocuentes frases? Pues con esto quedan contestadas las acusaciones que nos ha dirigido el Sr. Sagasta.

Después de esto, y habiendo vuelto á entrar en el poder el duque de Tetuan, el partido progresista que habia dicho que seguiría retraído mientras continuaran las elecciones por distritos, no cambió de actitud aunque aquel Gobierno dio una ley electoral estableciendo las grandes circunscripciones y reconoció el reino de Italia.

Si el partido progresista hizo bien entonces cuando no tenia cargos fundados como los tiene la minoría republicana de hoy, carece de autoridad para atacarnos en los términos que ha oído la Asamblea al señor ministro de la Gobernación. Y habiendo hecho él todas esas evoluciones, no tiene razón para extrañar la conducta de los republicanos, mucho mas cuando vemos que hay el sistema de acabar con todas las fuerzas vivas de este partido.

Y para concluir voy á citar una autoridad que ha de ser para vosotros irrecusable. Al combatir la autorización de 1848, el actual presidente de esta Cámara decía textualmente:

«Pero aun prescindiendo de la autorización ayer concedida por la aprobación del art. 1.º de la ley que se discute, la legalidad no constituye un sistema de gobierno; es, si, la condición esencial, necesaria, absoluta de todo gobierno; es su carácter más sobresaliente; donde la legalidad concluye, espira también la idea del gobierno; más allá sólo existen la violencia, el caos, el desorden, más no el derecho. El Gobierno que renuncia á la legalidad ya no es Gobierno; es una fuerza bruta que sólo se repele y combate con la fuerza».

El Sr. SANTA CRUZ habló para una alusión personal, defendiendo su conducta como ministro en 1854 y 56.

El Sr. GOMIS: Debo rectificar algunos hechos que he santano mi amigo el Sr. Figueras, y para ello empezaré por decir que en Tarragona no hay más que un partido republicano á cuya sombra se cobija alguna gente de mal vivir, sin que por esto pretenda dirigir un cargo á ese partido.

Cuando en 6 de Diciembre se verificó en Tarragona una manifestación monárquica después de la república que se ha habido celebrado con la mayor tranquilidad, los que allí se titulaban republicanos se propusieron perturbar la manifestación monárquica arrebatándole su bandera, como en efecto lo hizo un grupo de ochenta á cien hombres, cayendo algunos sobre el que la llevaba pañal en mano y destruyendo la enseña, de que conservo algunos girones. Dirigí mi voz al pueblo como amigo, traté de probarle que lo que hacia no era liberal, y mientras tanto las autoridades pudieron retirarse salvándose del peligro. Quedémos solo en medio de aquellas gentes, de las cuales la mayor parte ni camisa llevaban.

Apareció entonces uno con sombrero de copa, que abriéndose paso vino á ponerse á mi lado para aconsejarme que votase á la república, como medio de salvarme; él entonces un vivo á la soberanía nacional, y de entre las masas salió la voz de que votase la república ó muriese, sacando sus navajas y preparándose para un asesinato que, si no realizaban, fué porque no pudieron.

Pues bien, esas mismas masas del 6 de Diciembre son las que han sacrificado al secretario del gobierno civil, sin que en ellas se viera una sola persona que pueda decirse que haya hecho nunca nada por la causa liberal.

Voy á referir los sucesos de Tarragona en la

parte que debo rectificar. Iba en su coche el general Pierrad, cuando el secretario, que habia rogado ya varias veces que no se votase á la república, se acercó al coche del general para hacerle la misma advertencia, y para ello puso las manos sobre la portezuela del carruaje, pero sin que hubiera en esto ningún ademán hostil. El que llevaba la bandera le dió un terrible paño en la mano que habia puesto en la portezuela; los que se hallaban más próximos no se tomaron el trabajo de defenderle, y los más lejanos gritaron: «que muera, no haya cuartel.» Decir esto y recibir una puñalada por la espalda, fué todo obra de un momento. El secretario, apoyado entre dos hombres, pudo ser conducido á una taberna donde trataron de salvarle diciéndole que habia muerto. Pero empeñados los que le perseguían en registrar la tienda, penetraron en ella, ataron al secretario por los pies, y le llevaron arrastrando hasta el puerto.

¿Cómo no acudieron á salvarle los monárquicos? pregunta el Sr. Figueras. Bien sabe S. S. que las armas allí están en poder de los republicanos y que el grito de las turbas fué empujar los que llevan levita. Esta es la verdad de los hechos, siendo deplorable que las cosas se lleven á tal extremo que se haga imposible toda conciliación entre los partidos que juntos han hecho la revolución; porque el partido liberal nunca podrá transigir con quien tolere ninguna clase de crímenes.

Se dice que el Gobierno es el que con sus medidas ha dado lugar á lo ocurrido en Tarragona; pero la verdad es que aquellos sucesos venían ya de antemano preparados y debían estallar con uno ó con otro pretexto.

El Sr. SORNI y el Sr. Figueras rectifican. Señores: cuanto más considero la situación que estamos atravesando, lo que aquí pasa y lo que aquí se dice, mayor es mi asombro. Suponen los republicanos que los tengo odio y que impulsado por él llevé la violencia en mi discurso de ayer hasta la proclama.

Yo no ataqué ayer á los republicanos, sino á la demagogia, que está haciendo que gentes honradas abandonen nuestra patria para ir á vivir al imperio de Marruecos. Yo me avergonzaba como honrado y liberal si continuara un estado de cosas que hace necesario buscar el reposo en África, dándose lugar á que se pueda decir, no ya que el África empieza en los Pirineos, sino que empezando en los Pirineos concluye en el estrecho de Gibraltar. ¿Soy republicano, señores? Pues ninguno se puede dar por aludido. Ni ayer ni nunca he faltado jamás á las consideraciones debidas, y hoy, careciendo de razones para contestar las mías, se me ha querido faltar por algún señor diputado de cuyo nombre no quiero acordarme, porque yo no me acuerdo del nombre de los señores diputados sino para decirles cosas agradables.

Pero sea lo que quiera, no he de descender de la altura á que deben tratarse estas cuestiones; pero conste que no he dirigido ataques á los señores de enfrente, limitándome á preguntarles: ¿estáis dentro de la legalidad? Pues el Gobierno discute con gusto. Preguntad, discutid, acusad. Pero ¿ayudáis á los demagogos que teniendo abiertas las Cortes y hallándose en el goce de los derechos individuales apelan á la fuerza? Pues entonces no sois diputados, sois rebeldes, sois facciosos, y el Gobierno no discute con los facciosos sino á tiros. Y voy á decir por qué hice esa pregunta.

Aparece una proclama dada por la junta revolucionaria de Barcelona y firmada por dos miembros de la minoría republicana.

Otro se presenta como director del movimiento, pero de los dos que firmaban la proclama, uno se encuentra sentado en estos bancos: dice que no la ha firmado, rechaza la felonía de poner su nombre, y los que tal han hecho han sido unos falsarios.

Otro diputado republicano, el Sr. Paul, se ha levantado también en armas, y en su proclama dice, como el Sr. Joaritz y el Sr. Noguero en las suyas, que obedecen á inspiraciones de sus compañeros de diputación, y el Sr. Noguero ha manifestado además en todas las poblaciones que ha recorrido, que en Lérida se habían juramentado 17 republicanos para ponerse al frente del levantamiento en sus respectivas provincias.

Y ahora que hablo de esa junta de Lérida, bueno será que sepa el Congreso y el país hasta dónde ha llevado el Gobierno el respeto á los derechos individuales, y hasta qué punto son criminales los que se levantan contra él, contra la Constitución y contra las Cortes. El Gobierno tuvo noticia de esa reunión á puerta cerrada, y aunque la autoridad le expuso la conveniencia de evitarla, no lo hizo, por no tener pruebas bastantes para ello, y eso que sabia que en Sariñena habia un republicano que

aguardaba la orden de Lérida para salir 6 no con su gente. Lo mismo ha sucedido con Paul y Salvachua.

Sin embargo, el Gobierno ha dejado que realicen su propósito. ¿Se puede llevar mas adelante el respeto á la legalidad? Y aquí debe observarse un hecho notable. Se venían fraguando á la vez dos conspiraciones paralelas, la carlista y la isabelina, las dos con algunos recursos y con grandes esperanzas, pero apoyándose la una principalmente en el pueblo y parte en el ejército, y la isabelina principalmente en el ejército y parte en el pueblo. Pues bien: la isabelina se deshizo fácilmente con solo cambiar el cuartel y el reemplazo á algunos militares; pero con la carlista no pudo hacerse lo mismo, porque á los paisanos no podía aplicárseles la ordenanza, y no tenia mas remedio que aguardar á que estallase.

Por esto el Gobierno se limitó á seguirle los pasos, á publicar la ley del 17 de Abril la víspera de que aparecieran las partidas. De otro modo hubiera evitado aquellos sucesos, como hubiera impedido los de ahora, si no hubiera sido por respetar hasta la exageración los derechos individuales. ¿Y todavía se nos viene acusando de haber pisoteado las garantías?

Señores: cuando me quedaba solo en mi despacho á las altas horas de la noche para examinar los partes y comunicaciones que sobre las diversas conspiraciones recibía; cuando veía extenderse estas por toda España y recordaba los horrores de la guerra civil, el incendio y la devastación que lleva consigo; cuando por otra parte consideraba que con 49 partes telegráficas se hubiera puesto desde luego á cubierto el país de todas esas calamidades, confieso que alguna vez los derechos individuales pesaban sobre mí como una losa de plomo. Pero tuve calma y calma para arrojarme, porque calma y valor se necesita para ver cómo se levantan y agrupan las nubes, cómo se forma la tempestad, y aguardar impasible que el fuego del cielo estalle con el para-rayos hecho pedazos. ¿A Gobiernos que han hecho esto se les califica de reaccionarios? Señores, 6 no hay buena fe al decirlo, 6 hay una inmensa injusticia.

Se dice que el Gobierno ha tenido más consideración con los carlistas que tiene hoy con los republicanos. Señores, los que se han echado hoy al campo no son republicanos, están dispuestos á serlo todo. Es una guerra de vándalos. Por eso el Gobierno quiere acabar pronto con la insurrección: no quiere que la lucha se prolongue, porque si se prolongara, teme llegar á donde de ningún modo quiere ir, porque no se propone hacer mas que lo necesario para conservar la libertad.

Por otra parte, los carlistas, fuera de algunos casos raros, no han cometido excesos. ¿Qué hacen ahora los que se llaman federales? Realizan grandes exacciones ó imponen la pena de muerte, siendo tan partidarios de su abolición, á todo el que no los siga ó repare la gran devastación que van haciendo por todas partes. Esos republicanos esperan á nuestras tropas poniendo minas con pólvora en un túnel para volar el tren en que marchaba un batallón; en Sariñena dan libertad á los presos, asesinan á la Guardia civil que sale bajo palabra de que no se la ha de atacar, y hacen, por último, lo que la Cámara va á oír, y resulta de un despacho telegráfico que acaba de llegar á mi poder.

Los republicanos de Reus abandonaron la ciudad apenas se acercaron las tropas y se dirigieron á Vall, pueblo que ha sido siempre liberal: pues oíd lo que dice el despacho telegráfico: «Se han cometido horrores; diez personas asesinadas; infinidad de casas quemadas; protocolos y registros de la propiedad incendiados.»

Pues bien: yo os pregunto: ¿son esos vuestros compañeros? (Varios señores de la mayoría: Que lo digan, que lo digan. Los Sres. García López y Orensé pronuncian algunas palabras que no se pueden percibir, reclamándola también el señor Rebullida.) No hay que perder la calma: yo no he hecho mas que el relato fiel de lo que pasa, y á esos que se han levantado contra la soberanía pisoteándolo todo, á esos censuraba ayer.

¿Soy vosotro de esos? Pues si no lo sois, no os censuraba ni ayer ni hoy; pero si lo sois, estoy en mi derecho, porque si no estais con ellos, estais como auxiliares y cómplices, y es no solo un derecho, sino un deber del Gobierno, inutilizar á los insurrectos como á los cómplices. El Gobierno no podría permitir, si estuvierais aquí, porque la tribuna parlamentaria se vería convertida en una tribuna de insurrección y el Diario de las Sesiones en un Boletín revolucionario.

Pero el Sr. Figueras cree que no estuve exacto en lo que dije de Tarragona. ¿Qué triste defensa tan distinguido abogado! S. S. ha venido á

decir que el general Pierrad como era sordo no ha visto nada. (Risas).

Pero aun admitiendo los hechos como S. S. los ha referido, siempre resultará que ha habido un funcionario honrado que ha muerto al pie de una bandera republicana federal, sin que del estado mayor que la llevaba saliera un brazo honrado, ni un corazón generoso que protestara en el acto contra tan terrible hecho. Allí hubo una víctima y un asesino: la víctima todos la conocen: ¿quién fué el asesino? (Una voz en la minoría: ¿Se quiere acusar al general Pierrad?) Yo no me refiero al general Pierrad ni quiero agravar su triste situación; si quisiera hacerlo, manifestaría cómo salió de aquí, cómo llegó á Tortosa, cómo siendo un general del ejército español se ausentó de Madrid sin el conocimiento del ministro de la Guerra.

Dice el Sr. Figueras que su partido protestó después de aquel suceso; pero debió protestar en el acto, y sobre todo, la mejor protesta hubiera sido impedir el crimen. El argumento mismo de los tres carabineros que ha empleado S. S. se vuelve en contra suya, puesto que habiendo esa facilidad de salvar á la víctima, no lo hicieron los correligionarios de S. S.

Pero hay otra cosa grave: se pregunta qué hizo el partido monárquico; ya acudieron en auxilio de la víctima algunos individuos de ese partido; pero un grupo de los que se llaman federales se habia quedado guardando la víctima, é impedían navaja en mano que nadie se acercase á ella, y hasta que se le diese un poco de agua que pedía en el exterior de la agonía.

Pero tampoco es cierto que haya protestado contra ese hecho todo el partido republicano; ha protestado una parte, pero otra le aplaude. Oigan, si no, los señores diputados lo que dice un periódico republicano federal de Málaga, *El Grito de la Revolución*:

«El asesinato del gobernador de Búrgos, es decir, el acto de rebelión contra el decreto del Gobierno, lo han castigado las leyes. ¿Quién castigará los actos de rebelión del Gobierno?»

Tocaba á las Cortes el hacerlo. ¿Los castigará? No, porque las Cortes están en su mayoría vendidas á él.

¿Qué recurso queda para que estos delitos de lesa soberanía popular no queden impunes? Nuestros lectores se contestarán como nosotros nos contestamos: el recurso de la insurrección y el juicio revolucionario para los culpables.

Esto ha sido lo que han hecho los tarraconenses. Se anticiparon y han faltado. Lo que mañana acaso fuera un acto de justicia, hoy es un crimen.

¿Queréis hacer creer que no tenemos libertad de imprenta cuando se pueda escribir esto? ¿Veis cómo no era verdad que haya protestado todo el partido republicano?

Se ha hablado de la conducta de los progresistas en sus sublevaciones, y esa es la que yo deseo que tengan los republicanos.

La autorización que se pide es para salvar al país del estado en que se encuentra; es para salvar á la libertad, y no puede servir para matarla, porque la libertad es el único camino que puede seguir el Gobierno. El Gobierno no puede ir con los isabelinos ni con los carlistas; no puede abrazarse á Cheste ni á Cabrera, porque en ese caso no moriría por la falta de libertad, sino asfixiado por la vergüenza. El Gobierno, pues, no tiene mas camino que la libertad, y para salvarla es para lo que pide esta autorización.

El Sr. SORNI: Señores: me he visto en la precisión de pedir la palabra cuando he oído una frase del señor ministro de la Gobernación que no puedo menos de rectificar, porque es inexacta.

S. S. ha indicado que un diputado habia pronunciado ciertas palabras ofensivas. Yo debo decir que S. S. podrá nombrar personas tan dignas y tan honradas como yo, pero no más; y si lo de no nombrarme significa desprecio, yo se lo devuelvo superlativamente á S. S.

El Sr. FIGUERAS: No me gusta, señores, prolongar estos debates. Cuando habla la pasión y no se puede discutir fríamente, no hay más que oponer discursos á discursos, y dejar que el país juzgue.

Si siquiera me hubiese levantado á rectificar si no se hubiera leído una parte telegráfica que se refiere al pueblo, no en que ha nacido, pero en que me he criado. Y cuando esto sucede, cuando se cometen esos excesos allí donde he visto correr mis primeros años, donde descansan los huesos de mis mayores, ¿se me pregunta si yo condeno esos hechos? ¿Cómo no condenarlos, señores! ¿No sabe todo el mundo que ninguna persona honrada puede defender ese género de crímenes?

Yo voy á hacer una última declaración. Nosotros rechazamos todo acto de violencia, todo asesinato, todo incendio, todo homicidio, por

que nosotros creemos que no hay derecho más que para la defensa. Nunca, jamás aprobaremos ninguno de esos actos; siempre los condenamos. Y si el poder debiera venir á nuestras manos por ese camino, antes nos dejaríamos hacer mil pedazos que permitir que nuestros nombres se mezclaran con los de los asesinos y los incendiarios.

Pero ¿quería S. S. que cuando parte de nuestros amigos están en armas hiciéramos una declaración que pudiera envolver un acto de indignidad ó de cobardía? Pues era imposible: nosotros á esas preguntas respondemos lo que respondimos en otra ocasión el Sr. Figuerola al señor Posada Herrera.

El Sr. ORENSE: No hay, señores, mas que una observación que hacer. No hay día que se levante el Sr. Sagasta, que no levante una tormenta; y cuando un hombre ríe con todos, no hay para qué decir quién es el reñidor.

S. S. empezó por llamarnos ladrones al decir que habíamos prometido repartir las tierras: otros días nos ha hecho salir de aquí: ahora nos llama comendantes; y en fin, es tal la mala influencia de S. S., que yo estoy seguro de que si S. S. no hubiera sido ministro, no hubiera estado la insurrección que hoy tenemos que lamentar, porque todos la lamentamos.

Nos pregunta el Sr. Sagasta si hemos tenido parte en los sucesos de Tarragona. Pues ¿qué diría S. S. si lo preguntara uno si estaba de acuerdo con el que habia cometido un robo? Diría que lo insultaba. Pues eso ha hecho S. S. con nosotros.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Yo prescindo de que el señor marqués de Albaida crea que la insurrección es debida á mis discursos y mis circulares. Eso no puede ser: la mayor parte de los sublevados no saben leer, y por lo tanto no leen ni mis discursos ni mis circulares; pero en fin, eso importa poco.

Lo que importa es que yo no soy de los que quieren rebajar á sus adversarios, y por consiguiente no he llamado á S. S. comediantes. Dijo que si eran dos fracciones que cada una desempeñaba su papel, y eso no es lo mismo. El que me ha llamado á mí comediante y me ha dado papeles de galán joven y de barba es su señoría. Yo los acepto todos menos el de caricato, que puede guardar S. S. para dárselo á quien le parezca bien.

El Sr. RODRIGUEZ (D. Vicente), usó de la palabra en pró del proyecto de ley, diciendo que todo el pueblo esperaba con ansiedad su aprobación.

Dijo que muchos de los que auxiliaban á los republicanos en su sublevación eran instrumentos pagados por la reacción.

El señor PRESIDENTE: Orden del día para mañana: la discusión pendiente y demás asuntos señalados.

Se levanta la sesión.

Eran las siete.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Froilan, Obispo, y los Santos Atilano, Plácido y compañeros mártires. SANTO DE MAÑANA. San Bruno, confesor y fundador.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de presbíteros naturales de Madrid, donde por la mañana habrá misa mayor, y por la tarde preces y reserva.

Continúa celebrándose la novena del Santísimo Cristo de la Salud en su propia capilla, plaza de Anton Martín: á las diez habrá misa mayor con sermon que predicará el Padre José Joaquín Montalban, y por la tarde, en los ejercicios, predicará de despedida D. Jaime Cardona. Continúa la novena de Nuestra Señora del Rosario en Santa Cruz, y dirá el sermón en la misa mayor D. Jerónimo Lorente, y por la tarde, en los ejercicios, D. Ignacio Villala.

También continúa la misma novena en las monjas de Santa Catalina de Sena, y predicará D. Ciriano Cruz.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de Atocha en su iglesia, ó la de Covadonga en San Luis.

Se reza de San Bruno confesor, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la octava del Santo Angel.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34, á cargo de R. Labajos y Arenas.

Tanto los anuncios, como igualmente los comunicados, se insertarán á precios convencionales.

SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja á las corporaciones, sociedades mercantiles y á las particulares que anuncian periódicamente.

HIERRO QUEVENNE

APROBADO POR LA Acad. de Medicina DE PARIS. MARQUE DE FABRIQUE. AUTORIZADO POR Círculo especial DEL MINISTRO.

El HIERRO QUEVENNE se emplea en todos los casos en que los ferruginosos están indicados: no emigra de la dentadura; es la preparación ferruginosa mas activa, mas agradable y mas económica; basta con frecuencia un frasco para curar una clorosis.

«La experiencia me ha demostrado que ninguna preparación ferruginosa es mejor tolerada que el HIERRO QUEVENNE, sin salir de los límites de las dosis moderadas.» Bonchamps, *Anuario de terapéutica*, 1863.

El Hierro Quevenne se vende en frascos de 400 medidas, á 3 frs. 50 c. MEDIDA 10. CENTIG. 200 grases, 5 400 grases, 3

Deposito general en casa de EMILE GENEVOIX, 14, r. des Beaux-Arts, A. R. R. y en todas las farmacias. Exijase el sello Quevenne y la Marca de Fabrica arriba indicada.

En Madrid, por mayor, agencia franco-española, Sordo, 31. Por menor, Sres. Moreno Miguel, Borrell hermanos, Escobar, Sanchez Ocaña y Ortega. En provincias, los depositarios de la agencia franco-española. (A.)

CRONICA DEL CONCILIO ECUMENICO DEL VATICANO.

DON LEON CARBONERO Y SOL.

Esta obra, sobre el suceso más importante del mundo desde el siglo XVI, además de la carta del Obispo de Orleans, como prólogo, de la cronología de los Papas, con la biografía de Pio IX, y del catálogo de los Concilios generales, constará de tres partes: Primera parte: Preparativos del Concilio. Segunda parte: Celebración del Concilio. Tercera parte: Promulgación del Concilio y sus efectos.

Cada una de estas partes contendrá todos los documentos oficiales, las sesiones, los decretos y multitud de noticias y detalles curiosos.

Se publica desde el 7 de Octubre próximo, por entregas de 128 páginas en 4.º español (16 pliegos), á 5 rs. cada una; y para los suscritores á La Cruz, 2, á 2 rs.

En Madrid: librería de Olamendi, Paz, 6, ó calle de San Roque, 8, segundo izquiera.—Provincia: dirigidos en carta á D. Leon Carbonero y Sol, San Roque, 8, segundo, Madrid.—Se anticipará el valor de cuatro entregas.

La Cruz sale el 19 de cada mes en entregas de 128 páginas en 4.º español. Su precio, á 1,2 reales. Medio real más en casa de los comisionados. (Núm. 752.)

LA RIOJANA.

GRAN FÁBRICA DE CHOCOLATES Á VAPOR (FUERZA DE 40 CABALLOS)

DE LOPEZ, HERMANOS, MALAGA.

SUCURSAL Y DEPÓSITO CENTRAL, PELIGROS, 1, MADRID.

La gran aceptación que vienen mereciendo en toda la Península nuestros chocolates, nos obligó hace dos años á establecer, además de la casa principal de Málaga, dos sucursales: una en Sevilla, Dadas, 15, y otra en Madrid, Peligros, 1, para que acortando las distancias, pudieran ser cumplidos los pedidos con la prontitud que este negocio requería.

Esta medida fué benéfica á nuestros intereses y al nombre de nuestros chocolates, pues estos, conocidos hoy hasta en los pueblos más insignificantes de la Península, nos hace contar con 2,000 depósitos, en los cuales se venden las 5,000 libras que diariamente fabricamos.

Debemos hacer constar que si nuestros chocolates gozan de tan gran crédito, es debido á que los artículos que empleamos son los más superiores y escogidos en la abundancia con que siempre los hay en Málaga, en cuyo punto está situada nuestra fábrica, la cual cuenta con las mejores máquinas conocidas hasta el día.

En cafés tenemos cinco clases, que merecen la mayor aceptación, por ser puros, sin mezcla, y estar tostados y molidos con nuevos aparatos que evitan su evaporación.

Los chocolates y cafés de La Riojana se venden en todos los establecimientos de ultramarinos.

Para prospectos y pedidos, dirigirse al depósito central, Peligros, 1. (15, 16, 21 y 29.)

VERDADERAS INYECCION Y CAPSULAS RICORD

DE CH. FAVROT, único poseedor de las Formulas auténticas.

Para evitar las falsificaciones, exijase el nombre y firma: CH. FAVROT

Farma, 102, rue Richelieu, Paris. Precio en España: Inyección 16 r. Capsulas 22 r.—Depositos en Madrid: casa de los Sres. Borrell hermanos; Escobar, Moreno Miguel; Sanchez Ocaña y en todas las farmacias.—La Agencia franco-española, 31, calle del Sordo sirve los pedidos.

VINO Y JARABE DIGESTIVOS DE CHASSAING

Tomando una copa de una de estas preparaciones después de cada comida, se facilitan las digestiones laboriosas é incompletas, se calman los dolores gastricos, se regularizan la nutrición y se reparan las fuerzas asimiéndolo completamente los alimentos.

Paris, 2, av. Victoria. En Madrid por mayor, 31, calle del Sordo; por menor, Borrell, Escobar, Moreno Miguel, y Sanchez Ocaña. Precio, Vino, 32 r.; Jarabe, 16 r.

ACADEMIA COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA, religion y moral. Idiomas y carreras especiales.

Llámanse la atención de las familias y de la juventud toda amante de la ciencia y de la virtud hacia este establecimiento científico y literario instalado en la calle de Torija, 44, por los profesores que han sido de San Lorenzo del Escorial, consagrados de lleno á la educación cristiana de la juventud.

Los alumnos estudiarán todos y siempre á la vista de los profesores, sin aumentar por esto los honorarios de la enseñanza. (Núm. 752.—29, 30, 1, 2.)

LA SALVACION DE ESPAÑA.

LECTURA PARA EL PUEBLO. Este interesante folleto, entre las importantes materias que contiene se encuentra un himno marcial en honor del señor D. Cárlos VII.

Se vende en la imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, y en las librerías religiosas de provincias, y en Madrid en las de Olamendi, Aguado, Sanchez Rubio, D. Leopoldo Lopez, Tejado y Cuesta.

Los pedidos á D. Roque Labajos, Cabeza, 27, principal, acompañando su importe en libranzas ó sellos de franqueo.

Precio: Dos y medio reales en Madrid y tres en provincias, franco el porte.